

LA RUEL

DEFENSOR DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO.

Drama en cinco actos, original de D. Tomas Wenstenrraad, *traducido al español, por* D. M. C. *para representarse en Madrid el año de* 1850.

PERSONAGES.

a Ruel.	El de los Curtidores.
'arfuse.	Grandmont, *criado de Warfusé.*
nrique.	Un Oficial del Principe.
icardo.	Un Criado.
l Principe de Osnabruck.	Bernardo.
. Ermitaño del Val-Benito.	Mr. de Loizan. (*que no hablan.*)
r. de Monzon.	El Canónigo Bochot.
einoldo, *decano de los sombrereros.*	El Abogado Marchad.
. Decano de los Cerveceros.	Los decanos de los gremios.
. de los Pañeros.	El consejo de la ciudad.

Soldados, Pueblo, Criados.

La escena es en Lieja, en el año de 1637.

ACTO PRIMERO.

LA ELECCION.

Un salon de las casas capitulares, con su gran balcon el fondo y una ventana á cada lado, por las cuales se scúbre la estátua colosal de Beekman: las banderas as de los gremios estarán pendientes del artesonado, y derecha del actor habrá una mesa con tapete encarnlo y franja de oro, sobre la cual se hallará un libro de ngelios, una bandeja que contiene una cadena de plaé y una salvilla con una copa llena de vino; tres grandes ones estarán colocados detrás de la mesa, y veintinue taburetes repartidos por el ámbito de la escena; á la izerda la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA.

rnardo *trae legajos de papeles que coloca sobre la mesa.*

Ah! graciasá Dios; por fin he podido llegar, abriéndome paso entre esa multitud, que se agolpa á presenciar la eleccion de Burgomaestre; por mi fé que no he visto nunca mayor número de personas en continua agitacion, aunque bien mirado, es el interés general, y la eleccion de que se trata, es en estremo importante.

ESCENA II.

Dicho, y Reinoldo.

Ber. Salud, señor decano del gremio de sombrereros.

Rei. Dios te la dé, exactísimo Bernardo. A la verdad admiro como debo el adorno de nuestra gran sala; pudiérase muy bien recibir en ella al mismo rey.

Ber. Quiera el cielo, y nuestro divino patron san Alberto, conservarla su brillantez, y que la eleccion se lleve á cabo, sin que esos malditos Chirús perturben la tranquilidad pública con sus traiciones. Háblase por ahi, aunque no se dá por cierto todavia, de una conjuracion tramada contra la vida de La Ruel.

Rei. Nada temas, Bernardo, la leccion que recibieron el año pasado, les fué harto sensible para que puedan olvidarla tan pronto. Tú estuviste presente, si no me engaño...

Ber. Si, si, presente estube, en esa misma plaza, cuando el señor Lamet, Bailio de Awoy y el mayor Rosin cayeron bajo los golpes de una turba desenfrenada. ¡Qué espectáculo tan terrible!.. Ah! por qué conspiran tambien esos nobles orgullosos? Por qué tienen tanto empeño en arrebatar de una vez al pobre pueblo sus libertades?

Rei. Porque desde el reinado del obispo Alberto, el pueblo, opreso bajo la tiranía de los nobles, ha sabido conquistarse combatiendo su libertad; porque el poder omnímodo que antes gozaban, se ha convertido en un fantasma vano,

y los estandartes de los gremios, son mas respetados aun que los de los *barones mas orgullosos.* Los nobles! su antiguo poder ha desaparecido como el humo, y hoy el pueblo, antes vejado y oprimido, se alza á su vez terrible, sacudiendo su esclavitud, para maldecir á esos nobles que por espacio de tantos siglos le han tenido sumergido en el estado mas afrentoso. ¿Comprendes ahora por qué pretenden con tanto ahinco destruir nuestras libertades y privilegios?

Ber. Ah! si, demasiado lo comprendo; los nobles quisieran reducirnos al estado de esclavitud en que gemian nuestros padres antes del reinado del obispo Alberto.

Rei. Si, pero en vano se afanan por conseguirlo. El pueblo aborrece de muerte su dominacion, y nosotros sabremos cumplir su voluntad, que es tan justa como santa es la voz de de Dios. Hoy mismo vamos á dar una prueba de ello á nuestro príncipe obispo, para lo cual los gremios han elegido como candidato á Sebastian La-Ruel, y espero que dentro de poco le proclames en ese balcon Burgomaestre de la muy noble ciudad de Lieja.

Ber. Con que segun eso, los gremios estan decididos á desentenderse en un todo de la manifestacion de S. A., que ordena la observancia del reglamento de Heimberg, bajo la pena de cincuenta marcos de oro de multa?

Rei. Los gremios no reconocen ya otra ley que la orden electoral de 1603, dada por el principe Ernesto, y jurada por nuestro obispo; segun ella, los burgomaestres deben ser nombrados por los gremios y no por los ministros de S. A.; pasaron afortunadamente aquellos tiempos de Heimberg, y las leyes que eran buenas entonces, no convienen de ningun modo á nuestra época.

Ber. Pero la llegada del príncipe de Osnabruck, que enviado por S. A. el obispo para conciliar las diferencias de ambos partidos ..

Rei. No alterará en nada nuestro plan. Bien sé que los Chirús han pretendido seducir á los principales decanos para que se opongan á la candidatura de La-Ruel; pero todos, escepto ese miserable vehedor de los pañeros, que segun dicen ha tenido la audacia de vender su voto por unos cuantos thalers; han resistido con denuedo la seduccion. Nosotros no tenemos escudos de armas ni efimeros blasones, pero poseemos sábias constituciones que queremos legar á nuestros hijos, aun cuando sea preciso para ello verter tanta sangre como costó á nuestros padres conquistarlas; por lo demas, poco nos debe importar que esos necios cortesanos, recien llegados de la corte de Luis XIII, nos llamen alborotadores y *Grignus,* pues al aplicarnos esos epítetos, injuriosos segun ellos, nos han dado una palabra de coalicion que nos faltaba.

Ber. Y se sabe ya el resultado de la salida de los liodenses contra las tropas de Juan Weert?

Rei. Todavia no.

ESCENA III.

Dichos, todos los decanos de los gremios. Mientras van entrando se oye gritar al pueblo: ¡Vivan los grignús!

Ber. Señor Reinoldo, creo que todos estan presentes...

Rei. Señores, puesto que todos nos hallamos reunidos, sentémonos,

(Reinoldo pone sobre la mesa un sello de papel y se coloca en el sitio de la presidencia, aunque permanece de pié y descubierto; á sus lados se sientan dos decanos, y los demas toman tambien asiento; solo el decano de los pañeros está separado de todos, que permanecen con sus sombreros puestos.)

Decanos y maestros de los treinta y dos oficios útiles de la ciudad de Lieja, ya han pasado veinte y cinco años desde la muerte del principe Ernesto, y el mismo tiempo hace que subió á la silla episcopal Fernando de Baviera; durante este periodo, tan fecundo en turbulencias y desastres, el principado no ha podido gozar de una sola hora de paz y de sosiego. Sin embargo, Dios es testigo de que no fué el pueblo quien dió principio á tan sangrienta lucha.

Todos. No, no!

Rei. Las primeras hostilidades, las primeras violencias, fueron debidas á personas mas elevadas, y datan desde la formacion de aquella infame liga alemana, á la que quisieron asociarnos, y de la cual Fernando se hizo corifeo; violando el juramento que habia hecho de permanecer neutral. En aquella época apareció la orden que abolia el reglamento electoral del príncipe Ernesto, y con la cual pensaba el bábaro destruir el poder legítimo de los gremios; pero esta orden quedó sin uso. Viendo pues desechos sus planes, decidió, aconsejado por sus ministros, proponer á los estados el establecimiento de nuevos impuestos, con el pretesto de suministrar á S. A. medios de poder conservar la neutralidad; pero que estaban destinados á pagar algunos sueldos á las tropas estrangeras; sus proyectos empero fueron conocidos, y los estados decidieron lo que creian útil para las necesidades del imperio: esto es, reunir donativos considerables, desechar el impuesto de caminos, la peticion de un nuevo sesenta por ciento, y la tarifa de los desembarcos. Este golpe acabó de destruir los planes de nuestros adversarios, y no quedándoles ya recurso alguno, apelaron á la fuerza como á su único medio de salvacion. Ejércitos de estrangeros insolentes invadieron nuestras tierras; todo lo llevaron á sangre y fuego, y orgullosos de su poder, celebraban con gritos desaforados sus victorias; entonces los enemigos naturales del pais, se levantaron y fueron decididos á atacar las casas capitulares, donde se hallaba el consejo reunido; pero el pueblo tambien se alzó á su vez para librar á sus magistrados del peligro en que se veian, y combatiendo con un esfuerzo valeroso, arrojó de la plaza á los Chirús, dándoles el castigo de que eran dignos. Desde aquella época nuestros enemigos no han osado presentarse en público; pero tampoco han dejado de maquinar en secreto constantemente, para buscar nuestra per-

dicion, y por lo tanto es preciso velar sobre ellos, y conservar el estado imponente en que nos hallamos.

D. de Cer. El pueblo liodense sabrá conservar siempre su actual posicion.

Rei. Está muy bien! Elegid pues en este dia por vuestro representante en los estados, al hombre virtuoso que mereciendo la confianza de todos, es él solo capaz por su talento y energia de hacer triunfar vuestra causa; si, elegid á Sebastian La-Ruel!

D. de Cur. Estamos prontos á ello; á la votacion! Todos lo queremos por gefe de la ciudad.

Todos. Si, si, todos!!

D. de Pañ. Escepto yo.

Todos. Cómo?

D. de Cer. Ah! si, el decano de los pañeros! Con efecto, los thalers que le han dado los Chirús, han obrado en él maravillosamente.

D. de Pañ. Yo no puedo dar mi aprobacion en una cosa que me parece injusta é ilegal. Hace tres dias que vuestra cámara decidió que no fuese observada la orden de S. A. que repone en su fuerza y vigor el reglamento de Heimberg, y mis principios no me permiten tolerar esta violacion de la autoridad; por lo que respecta al hombre que quereis elegir gefe de la ciudad, ¿á quién de vosotros me dirigiré que no conozca la mucha exaltacion de sus principios? ¿A quién se ocultan sus ideas absurdas, y que es enemigo declarado de toda concesion, que tienda á proporcionarnos la paz, y á fomentar la industria y el comercio, al paso que se goza en nuestras disensiones intestinas? Tanto respeta él nuestra sagrada religion, como la autoridad de S. A!

D. de Cur. Eso es ya demasiado, y...

D. de Pañ. Como miembro que es del consejo de la ciudad, se oponia ayer abiertamente á la republicacion de los edictos contra los hugonotes, cuyas perversas doctrinas van ya arraigándose entre nosotros, á causa de haber tenido la tolerancia de permitir que circulasen los escritos del ministro calvinista Desmarets. que es muy su amigo. Elegido una vez Burgomaestre por los gremios de la ciudad, solicitará el libre egercicio de la religion luterana; y ¿quién sabe si llegará un dia en que reunido con los hereges, no vacile en atacar los principios de la Iglesia?

D. de Cur. Decano! Vos calumniais á La-Ruel. Si se ha opuesto á las concesiones que han solicitado nuestros adversarios, no ha sido con las siniestras intenciones que suponeis, sino guiado de nobles sentimientos, y creyéndolas poco decorosas para el pueblo, y causa de la ruina de sus franquicias y privilegios; si no ha querido consentir la republicacion de los edictos contra los hugonotes, no es porque profese sus falsas doctrinas, sino porque quiere que se proceda contra ellos con arreglo á las leyes de este pais.

D. de Cer. Teneis razon; la firme observancia de nuestras leyes, ha sido siempre el móvil de todas sus acciones, y el pueblo liodense no olvidará jamás cuánto debe á su valeroso defensor.

D. de Cur. Cuando hace cinco años los tres estados reunidos enviaron una diputacion al rey de Francia, pidiéndole que tomase bajo su proteccion nuestra ciudad, amenazada de estrangeras invasiones, La-Ruel fué uno de los que la componian, y obtuvo por su enérgica elocuencia la promesa de una eficaz intervencion. La-Ruel, en fin, es el mas firme defensor del pueblo; ora lidie con nuestros pérfidos enemigos en los campos de batalla con el esfuerzo de su animoso corazon, ora defienda nuestros derechos, siempre se vé en él al hombre virtuoso, pronto á sacrificarse por libertar á su pais de la tirania de los ambiciosos.

D. de Cer. Basta, basta; me parece, señores, que no debemos dilatar por mas tiempo la votacion.

Rei. Si, pero despues de haber atacado la conducta politica de La-Ruel, habrá por ventura alguno que se atreva á atacar tambien la noble generosidad de su carácter? Quién salvó la vida al gran Prevoste? Quién libertó al gran Mayor en medio de un sangriento tumulto? Quién dió con mas desprendimiento asilo y hospitalidad á los miserables estranjeros que por las vicisitudes politicas se veian precisados á abandonar su pais? La-Ruel! Siempre La-Ruel! Y con todo, uno de nuestros mismos compañeros, en el seno de esta misma respetable reunion, ha osado alzar su voz para calumniarle? Si, señores, le han calumniado! porque él, jamás ha podido obrar asi, y solo es digno del aprecio público!!

Todos. A votar! á votar!

Rei. Bernardo, recojed los votos de los maestros y decanos.

D. de Cur. Por aclamacion!

Todos. Si, si, por aclamacion!

Rei. Que sea pues por aclamacion! (*estendiendo la mano derecha hácia los decanos. Todos los decanos, escepto el de los pañeros, se levantan y estendiendo su mano derecha hácia Reinoldo, dicen tres veces con entusiasmo.*)
Votad! La-Ruel!

Rei. Treinta y un votos en favor, por uno tan solo en contra! Ah! Bien se conoce que son tan libres como honrados los decanos de esta ciudad. Señores, Sebastian La-Ruel queda elegido Burgomaestre de Lieja; quiera el cielo proteger su causa, y que su mucha elocuencia triunfe en los estados de las pérfidas maquinaciones de nuestros insolentes enemigos! Decanos de los curtidores, de los tenderos y de los fabricantes de cerveza, marchad al punto en busca de La-Ruel, y anunciadle su nombramiento; decidle que todos esperamos con impaciencia que se presente á recibir la investidura de su dignidad. (*vanse los tres decanos.*) Y ahora justo es que tomeis conocimiento de la carta que S. M. el rey de Francia ha tenido á bien dirigir á los tres estados. (*la abre y lee; vase Bernardo.*) «A nuestros buenos amigos y vecinos, los »señores estados del pais de Lieja, salud. Por »demas dolidos de la situacion de vuestro pais »y de los males que han afligido vuestro prin»cipado, hemos escrito á S. M. el rey de España »y á los estados generales de los provincias uni»das, para que cesen de molestaros, y dejen en »libertad vuestro comercio, sin atentar á vues»tro reposo como hasta aqui lo han hecho. »Tambien les hemos patentizado nuestros de-

»seos de que cesen los disgustos que tan sin razon sufris, y hemos mandado á nuestros embajadores de Bruselas y de la Haya, que se »apresuren á evidenciar, que los escesos co»metidos por las tropas, son, no solamente fue»ra de toda equidad, sino contrarios al pacto »de neutralidad que tenemos concertado con »la corona de España; reservándonos el dere»cho de hacer mayores gestiones, cuando lo »estimemos conveniente; y entre tanto, si tie»nen vuestras señorias alguna otra cosa que »proponernos, pueden dirigirse á monseñor »Monzon, nuestro enviado en Lieja. Aprove»chamos esta ocasion de haceros patente nues»tro deseo de conservar vuestras libertades y »privilegios, y demostraros el interés que nos »tomamos en cooperar como lo han hecho los »reyes de Francia nuestros predecesores, á la »prosperidad de vuestro pais.»

TODOS. Viva el rey de Francia! (*vase el decano de los Pañeros.*)

ESCENA IV.

Dichos, BERNARDO, *detrás* LA RUEL, *y los tres decanos.*

BER. Sebastian La-Ruel. (*anunciando.*)

REI. Señor! (*á La-Ruel.*) Los treinta y dos gremios de la noble ciudad de Lieja, convocados en este dia para la eleccion de Burgomaestre, han tenido á bien consagraros sus sufragios, á fin de que seais el órgano de sus maestros y decanos. ¿Aceptais, pues, la dignidad que se os ofrece?

RUEL. Si, la acepto con orgullo y gratitud!

REI. Consentis ademas en prestar el juramento que exigen los estatutos, antes de entrar en el ejercicio de vuestras funciones?

RUEL. Si, consiento en ello.

REI. Arrodillaos pues, y poned la mano derecha en el sagrado libro de los Evangelios. (*La Ruel lo hace.*) En nombre de la santísima virgen María y de nuestro soberano patron san Lamberto, jurais no consentir nunca en nuestra ciudad el egercicio de las religiones llamadas luterana y calvinista?

RUEL. Lo juro.

REI. Jurais no permitir jamás que se atente á nuestros privilegios y libertades, y que no entregareis nunca las llaves de nuestras puertas á los enemigos del pueblo?

RUEL. Lo juro.

REI. Levantaos ya; quiero colocar yo mismo sobre vuestro pecho las insignias de vuestra nueva dignidad. (*le pone la cadena que hay en la bandeja, de la cual penderá una llave.*) Anunciad ya al pueblo el nombramiento de La Ruel.

BER. (*desde el balcon.*) Nobles y plebeyos, sacerdotes y legos, miembros de justicia y soldados, en nombre de los treinta y dos útiles gremios de la ciudad de Lieja, os hacemos saber que el señor Sebastian La-Ruel ha sido nombrado Burgomaestre para el año 1637. (*saluda y vase. Se oyen dentro los vivas y aclamaciones del pueblo.*)

REI. Señor decano de los viñadores, presentad la copa que encierra el vino del honor al señor Burgomaestre. (*el decano presenta en la salvilla una copa de vino á La-Ruel.*)

RUEL. (*tomándola.*) A los manes de Beckman! (*la apura. Todos los decanos se descubren y se inclinan.*) Señores, educado en la escuela de tan ilustre defensor de nuestros derechos, dichoso heredero de sus magnánimos principios, no vacilaré un momento en seguir las huellas de tan grande hombre, sin apartarme jamás de mis deberes. Juro aqui en presencia de los decanos de la ciudad, consagrar mi existencia á defender con ardor, por todos los medios posibles, la noble causa del pueblo, y no retroceder jamás ante el peligro, aunque hubiera de perecer en mi carrera, como Beckman bajo el puñal de un asesino,

TODOS. Viva La-Ruel!

RUEL. Exijo empero para poder llevar á cabo mis planes, que vosotros, señores decanos y maestros, me concedais los auxilios que necesite; y que con una energia y una decision digna de vuestro señalado patriotismo, me ayudeis en los combates que sea preciso emprender; pues hoy la verdadera fuerza del Estado, existe en las armas, con que debemos siempre defender nuestros privilegios, y solo ellas pueden asegurar al presente y para los tiempos futuros, la santa libertad que defendemos.

REI. Los decanos y maestros de la ciudad, os concederán siempre lo que pidais. Ahora sabed que el príncipe de Osnabrukc debe llegar esta noche, enviado por S. A. para arreglar las diferencias que existen entre el príncipe y el pueblo, y que es preciso que os presenteis á él cuanto antes para esponerle nuestras fundadas quejas, para demandar justicia contra los atentados dirigidos á destruir nuestros privilegios y la neutralidad del pais, y para entregarle esta carta que S. M. el rey de Francia ha tenido á bien enviarnos.

RUEL. Iré, señores, y si consigo lo que deseo, podremos celebrar muy pronto dos victorias, pues las tropas de Juan de Wert acaban de sufrir una completa derrota en el valle de Saraing y de Tilleur; á donde el joven Enrique de Warfusé, recien llegado de Francia, las ha batido con un esfuerzo digno de los mayores elogios.

ESCENA V.

Dichos, y BERNARDO.

BER. Señores, vengo á anunciaros una desgracia que acaba de suceder. El decano de los pañeros ha insultado al pueblo en la plaza, vanagloriándose de haber votado en contra del señor La Ruel; el pueblo, indignado de su insolencia, se ha lanzado sobre él, y van á arrojarle en el Moza.

RUEL. Oh! cuándo han de terminar estos escesos? El pueblo, el pueblo es muy terrible cuando llegan á exasperarle! (*al balcon.*) Liodenses, Es asi como celebrais la eleccion de vuestro primer magistrado? Es asi como os alegrais de sus triunfos? Hasta cuando han de durar estas execrables escenas de asesinatos y tropelias! Mirad, volved la vista hácia esa estátua levantada por los gremios de la ciudad á la memoria de un hombre libre! Ved cuál se agita sobre su pedestal de bronce! Oh! Beckman, Beckman! Por qué no te animas para contener de una vez el furor estremado de tus hijos? Ah! cesad,

que se termine luego ese tumulto, que ese hombre quede libre, ó arrojo desde ahora estas insignias de mi nueva dignidad, y me destierro para siempre de este pais, donde la seguridad pública no es mas que una palabra vana!

..l. Ya se retiran; vedlos.

..el. Y nosotros, señores, velemos constantemente por la tranquilidad de todos, pongámo-ıos á cubierto de los tiros lanzados por nues-.ros pérfidos enemigos; y evitemos estos des-)rdenes, pues no es justo que por los escesos le algunos miserables, se deshonre la noble :ausa del pueblo, por quien estamos prontos á)erecer!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

..n valle á la bajada de una colina, que ocupará el fon-..lel teatro. A la derecha del actor habrá una torre ..osa, que llenará la mitad de la escena, y cuyo inte-.. ha de estar á la vista del público; en esta torre ha-.. una puerta á la izquierda, que es la de entrada, y un ..ueño ventanillo con hierros á su lado: otra á la dere-.. que dá á una escalera que conduce á las habitacio-.. de arriba, y en el frente un reclinatorio con una ..para de barro que alumbra el interior de la torre; dos ..s y una mesa de nogal son los demas muebles que ..coran. A la izquierda del actor, en primer término, ..rincipio de una espesa arboleda y un banco de cés-.. junto al primer bastidor. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

..Ermitaño *arrodillado delante del reclinatorio ..recogimiento religioso.* Enrique *y* Ricardo *en lo .. de la colina, de la cual van bajando con la es-.. lijereza que permite la oscuridad de la noche en un bosque solitario.*

.. (*en la colina.*) En el fondo de este pequeño ..lle descubro una luz, que si no me engaño, .. de salir de una torre arruinada; mirad há-..a allí.

.. Con efecto. No es esa la habitacion del er-..itaño del Val-Benito? (*van bajando.*)

.. Si, no hay duda, la misma es.

.. Ah! gracias á Dios! (*sentandose en el banco de ..sped.*) Aqui á lo menos podremos descansar .. instante de nuestras fatigas; estoy rendido!

.. Nada mas natural; despues de haber com-..tido todo un dia con los soldados de Juan ..eert, y dado tres asaltos del castillo de Mott-..il, del cual se habian apoderado esos bár-..ros Croatas, justo es que apetezcamos el ..poso.

.. Si, nos hemos batido sin trégua por todo .. dia, pero afortunadamente la victoria ha ..onado nuestros esfuerzos. Y dime, ha sido .. y crecido el número de los muertos?

.. Lo que es á punto fijo no os lo podré decir; ..o ascienden, segun el cálculo de algunos, á ..s de seiscientos hombres el de los nuestros.

.. Y los enemigos han perdido muchos?

.. Unos dos mil por lo menos.

.. Dos mil! Y no hay en eso esajeracion, mi ..vo teniente?

.. No, á fe mia, capitan; ha sido muy grande el esfuerzo de nuestros soldados, y se han batido con un ardor inconcebible. Especialmente vuestros mosqueteros se han portado. Han hecho en esta ocasion maravillas!..

Enr. En nada ha cedido el valor de los arcabuceros de Guspin, al de mis mosqueteros, querido Ricardo.

Ric. Tal vez tengais razon, capitan; ni uno tan solo del regimiento de Cornitz que las armas de Guspin habian atraido á los desfiladeros de San Gil, ha podido conservar su vida; pues los Croatas que consiguieron llegar vivos á manos de los arcabuceros, fueron precipitados por estos en las llamas. Oh! hicieron bien! Los enviaron á juntarse con los demonios que los habian evocado del infierno para hacernos mal.

Enr. Oh! Calla! Eso que me dices es horroroso!

Ric. Horroroso! No, al contrario, esto es admirable! Vaya! vaya! El valeroso Enrique de Warfusé.....

Enr. Llamame tan solo Enrique, mi querido Ricardo.

Ric. Bien, pero creo que no pensareis pasar la noche sobre ese banco; si quereis, imploraré la hospitalidad del ermitaño del Val-Benito, y....

Enr. Si, anda á pedirle asilo cuanto antes.

Ric. Corren voces de que este buen ermitaño se halla poseido de un acceso de locura, y dicen que por lo mismo es muy peligroso sorprenderle en sus oraciones, pero...

Enr. Apresúrate á llamar y veremos. (*Ricardo llama.*)

Erm. Quién llama? (*levantándose.*)

Enr. Padre mio, dos estrangeros que os piden hospitalidad por esta noche.

Erm. (*abre la puerta y presenta ambas manos à los dos viageros.*) En nombre del Dios que manda dar agua á los que tienen sed, pan á los que tienen hambre, y hospitalidad á los que la imploran, sed bien venidos.

Enr. Somos dos soldados que la oscuridad de la noche ha hecho apartar de sus regimientos, y que vagamos por estos campos hasta que se disipen las tinieblas y podamos dirigirnos á la ciudad.

Erm. Sed bien venidos, quien quiera que seais.

Enr. No os causa temor pues, la presencia de dos hombres armados?

Erm. Por qué quereis que tema, hijos mios? No habito alcázares dorados llenos de lujosos adornos, esta pobre torre que se va desmoronando poco á poco; no encierra ningunos tesoros, y mis bienes están reducidos á los sencillos muebles que aqui veis; á la verdad no creo que mi crucifijo y mi lámpara de barro sean objetos capaces de escitar la avaricia de ningun mortal! Por lo que respecta á mi existencia, ¿quién ha de tener interes de arrancármela?...

Enr. Y no contais por nada la riqueza que poseeis en vuestra tranquilidad, y en la pureza de vuestra conciencia?

Erm. (*arrimándose por grados*) Joven! sabes siquiera lo que has proferido? Una conciencia pura! Dónde, dónde reside el mortal que la posee? Dónde está el que puede gloriarse de pasar la vida tranquilamente sin sentir las injusticias de los hombres! Ah! Una conciencia

pura! Sabes acaso que bajo esta frente arrugada y marchita, bajo este pelo encanecido antes de tiempo, y en el fondo de este corazon despedazado, hay un volcan que me abrasa, que me consume, que no me deja un solo instante tranquilo, aun en medio de la soledad de estos campos? No, no, tú no sabes lo que pasa aqui dentro; tú no debes saberlo jamás! (*se arrodilla en el reclinatorio.*) Oh! Dios mio! Dios mio! Dadme aun algunos dias de salud y de valor, fortaleced mi razon mientras duren, y despues haced de mi lo que fuere de vuestro agrado. (*besa los pies del crucifijo y se levanta.*) Hijos mios, solo tengo una estrecha celda que ofreceros en lo alto de esta torre, en la cual hallareis una pobre cama donde podeis descansar; tomad esta luz y Dios os conceda un sueño apacible y lleno de visiones alhagueñas. (*les dá una luz.*)

Los dos. Buenas noches, padre mio; el cielo premie vuestra bondad. (*vanse los dos.*)

ESCENA II.

Ermitaño *solo.*

Ah! cuan grato es pensar en la venganza! Como llena esta idea todos los instantes de nuestra vida, y nos sirve de consuelo cuando para conseguir esta venganza, no es necesario cometer ningun crimen! Oh! Warfusé cuanto anhelo tu venida! Necesito tenerte aqui para gozarme en tus remordimientos, para reirme de tus delirios. Se me figura que hace ya mucho tiempo que no te he visto, y asi como el águila necesita el terrible aspecto de una naturaleza montaráz y salvage, y oir el atronador rujido de las tempestades desencadenadas, asi yo necesito verte, tenerte aqui, á mi lado; oir tu voz homicida y contemplar tu rostro de maldicion... Tú no sabes aun quien soy yo; tú crees que la pobre obeja que obedece lo que el pastor le manda, será siempre para ti lo que un esclavo es para su dueño, y que puedes despreciarla cuando te agrade! Pero te engañas! No te he revelado mi nombre, porque queria apurar de una vez el secreto de tu traicion, pero este es ya mio, y no tardaré mas en decirte quién soy; no tardaré mas en aterrarte con mi nombre, como aterró á Saul la sombra de Samuel, y la sangre se helará en tus venas, y tus cabellos se herizarán cuando llegues á saber quién es el pobre monje que asociaste á tu infame conspiracion! Tú crees que yo no te conozco, y que al unirme contigo para atentar á la vida de La Ruel solo obedecia la voz de un ciego fanatismo! pero... Ah! Tú serás cruelmente desengañado!

ESCENA III.

Ermitaño, Warfuse.

(Durante el final de la anterior escena, Warfusé ha aparecido embozado en la colina, baja de ella, se dirige á la puerta de la torre, y llama con precaucion.

Erm. Gracias á Dios ya está aqui. (*abriendo la puerta.*)

War. Veis, padre mio, como he acudido fielmente á la cita que me disteis?

Erm. Tomad asiento; yo tambien os he cumplido mi palabra, y he vuelto de Bonü esta mañan.

War. Vuestra adhesion y vuestro celo por a causa del príncipe recibirán una digna reco-pensa.

Erm. Qué decis? Yo no pido retribucion por m- servicios.

War. A pesar de eso, si el príncipe quisiera co cederos alguna Abadia...

Erm. No la aceptaria de ningun modo... Sab que he visto á S. A. y dado cumplimien esacto al mensage que me encargasteis. - príncipe ni aprueba ni vitupera vuestros pr- yectos.

War. Ya lo creo. S. A. no quiere que pese sobe él la menor responsabilidad! ¿Por qué no e habeis hecho ver pues, que yo solo respon a de las consecuencias, cualquiera que el s fuesen?

Erm. Asi lo he hecho.

War. Y entonces, qué os respondió?

Erm. Me dijo que el príncipe Osnabruck ent. ria en Liega esta misma noche, y que con l podrais concertar mejor.

War. Y á qué viene el príncipe de Osnabruc.

Erm. A ver si puede reconciliar á los partid s; su alteza quiere hacer todo lo posible antes e emprender una guerra abierta.

War. Siendo asi, veré mañana al príncipe, y e haré presente que una reconciliacion es im- sible; que despues del nombramiento de a Ruel, solo queda un medio para triunfar de s Grignús.

Erm. Y ese medio es el que propusísteis?

War. Y el mismo que espero llevar á cabo.

Erm. Pero muy pronto?

War. Mañana mismo.

Erm. Sin embargo, eso es horroroso!

War. Horroroso. Tened entendido, padre m, que un asesinato no es siempre un crimen.

Erm. Si, teneis razon, yo conozco algunos ho- bres, para los cuales un asesinato pudiera my bien ser un acto de virtud, pero estos ho- bres, señor, no son mas que unos miserab s locos!

War. Habré por ventura depositado mi confia- za en un traidor?

Erm. Mirad lo que decis; puedo gloriarme de o haber hecho jamas traicion á nadie. Solo n hombre existe en el mundo, para quien yo e creeria dispensado, si rompiese la fé que e tuviera prometida.

War. Y ese hombre, quién es?

Erm. Quereis saber quién es ese hombre? ..! sois por demas curioso!

War. Y acaso no tengo el derecho de serlo?

Erm. Si, me olvidaba de que soy vuestro cómp- ce. Me devolveis vuestra confianza?

War. La habeis perdido por ventura?

Erm. Escuchadme pues; si yo os abro mi co- zon, ¿sereis sincero para conmigo? Me de- rareis al fin vuestro nombre, que siempre e habeis ocultado con tanto empeño?

War. Podeis dudarlo? Os lo ofrezco.

Erm. Pues en esa confianza, voy á ser franco n vos, y á revelaros un secreto que habia ju- do guardar en mi pecho eternamente. Há quince años, algunos meses despues de a muerte del rey Felipe III, que abandon a España, mi querida patria, decidido á bu

fortuna en Flandes. Yo era joven entonces, ardiente, y ni el temor al peligro me espantaba, ni conocia otra ambicion que la de la gloria. El heroe de Lepanto, el invencible don Juan de Austria, era el modelo que yo queria seguir; y ya me figuraba verme aclamado y coronado, vencedor de los enemigos de mi pais, y árbitro en fin de la paz y de la guerra. Ah! delirios de la juventud, fantasmas que se desvanecen al impulso de los años, dorados ensueños que pasan sin dejar rastro alguno de su belleza, ¿dónde habeis ido? Emprendí pues mi viage, y al cabo llegué á Bruselas; á este tiempo se dió un baile en palacio, fuí convidado; asistí á él y confieso que me sorprendió el aspecto de una joven, cándida como el perfúme de la azucena, hermosa como la primera luz de la aurora, y resplandeciente como el sol. Al verla sentí abrasarse mi alma; un vértigo se apoderó de mi, y quedé inmóvil como una estátua, contemplando aquel ser aéreo, aquella májica hermosura, que dando el brazo á un caballero, se perdió en medio de la confusion. Entonces pude respirar, y levantando la cabeza con orgullo, en uno de los delirios de mi ofuscada imaginacion, dije, serás mia! Mia! ah! què necio fuí! No es verdad que estaba loco cuando creí que llegaria á ser mia una joven que pertenecia á la primera nobleza, y á quien yo, miserable aventurero español, no podia ofrecer riquezas, ni presentarme como heredero de un título orgulloso? Oh! bien me probó despues su padre mi demencia! Conoceis á su padre, decidme?

ar. Cómo quereis que yo conozca!..

im. Ah! Conque no le conoceis?

ar. Calmaos por Dios, padre mio, y proseguid.

im. Andube pues toda la noche buscando la ocasion de poder hablarla, pero fueron inútiles los esfuerzos que hice por conseguirlo; los inmensos adoradores de su beldad no la dejaban libre un solo momento, y yo maldiciendo lo adverso de mi destino, me alejé de allí, avergonzado de mi timidez. Al dia siguiente volví á verla en santa Gudula. Estaba arrodillada delante del altar de una madona, y su hermosura radiante, parecia la de una virgen en el cielo; una anciana se hallaba arrodillada junto á ella, y yo, arrobado, contemplándola, solo admiraba sus encantos, sin acordarme de cuanto me rodeaba. Al poco tiempo salió del templo; yo la seguí y mi corazon palpitaba con violencia, como si fuera á cometer un crimen. Hubiera sido preciso, para sacarme del enajenamiento en que me hallaba, que las torres de la iglesia se hubiesen desplomado á mis pies.

War. Proseguid, padre mio, me va interesando vuestra historia.

Erm. Oh! vereis, es una historia mas terrible de lo que pensais. Por la mediacion de un amigo fuí presentado en su casa, y no tardé mucho tiempo en conocer que, dado caso que ella me amase, tendria siempre que combatir las pretensiones de un rival, mas noble y rico que yo. Supe tambien que su padre se hallaba ausente, que la hermosa joven, huérfana de madre, estaba bajo la custodia de una tia que no se opuso á mis visitas; no vacilé pues un momento en declararla mi amor, y escuché de sus divinos labios, que mi pasion no era deshechada. Entonces el deseo de poder obtener su mano, me decidió á buscar la fortuna y la gloria en los combates, y á los pocos dias me separé de ella, habiendo antes recibido el juramento de que no entregaria su corazon á nadie mas que á mi.

War. Habeis sido soldado?

Erm. Si señor: Espinola se dirigia á poner cerco á Juliers; corrí á alistarme en sus filas, y al frente de una compañia de valerosos españoles, contribuí poderosamente á la toma de la fortaleza. En medio del entusiasmo que ocasiona el triunfo, tube noticia de que Córdoba y Tilly preparaban una espedicion contra Cristian de Bruswick, que amenazaba á Colonia; me dirigí á ellos, les ofrecí mi servicio, lo aceptaron, y á la cabeza de dos regimientos de caballeria forcé al enemigo á volver á pasar el Rhin. Unido despues á don Gonzalo que marchaba al frente de sus soldados españoles, contra Mansfeld, á quien tuvimos la gloria de vencer en Fleurus, hice, con una sola partida de cien hombres, mas de seiscientos prisioneros, á los cuales obligué á entregar las armas en presencia de mis soldados. Orgulloso con estos triunfos volví á Bruselas, y allí esperaba recibir los despachos de nobleza y la investidura de algun gobierno militar.

War. Padre mio, no me es posible prolongar por mas tiempo...

Erm. Oh! no, escuchadme, que ahora precisamente es cuando mi narracion se va á hacer interesante para vos. La noche del dia que llegué á Bruselas, una muger enmascarada me buscó en la fonda donde me hallaba, y pidió con grande instancia ser conducida á mi presencia; era la misma que acompañaba á la joven el dia que la vi en el templo. Venia á anunciarme que su padre estaba de vuelta, que una carta que imprudentemente se habia estraviado, le dió á conocer nuestro amor, y que irritado habia prohibido que se me diera entrada en su casa, amenazando á su desgraciada hija con los castigos mas terribles, si hacia la menor tentativa para volver á saber de mi. Creeis justa, señor, la conducta de este hombre? Os parece que un padre debe obrar asi, solo porque el deseo de deslumbrar á la corte con el lujo de sus saraos le cegaba, y que debe sacrificar su hija al interes? Pues este padre, este ser cuyo corazon deprabado no ha abrigado nunca un solo sentimiento virtuoso, no vaciló un momento en decretar la desgracia de su hija, destinándole un esposo á quien no amaba, pero que poseia en cambio inmensas riquezas. Margarita, empero, resistió las órdenes de su padre, y le anunció llorando que su corazon pertenecia solamente á su querido Lorenzo.

War. Margarita! Lorenzo!

Erm. Si, Margarita se llamaba la hermosa joven y yo soy Lorenzo, el aventurero español, su amante preferido. Lorenzo, á quien el padre de mi amada, mandó dar muerte, pero que se libró de sus tiros, porque tuvo el suficiente valor para desarmar á su asesino, y desgarrarle el corazon con su homicida puñal.

War. Desgraciado!

Erm. Ah! empiezas á comprenderme!.. Escuchr pues hasta el fin. El padre de Margarita creia que su venganza se habia consumado; y persuadido de mi muerte, quiso anunciarla él mismo á mi querida para gozarse en su triunfo y quitarle toda esperanza; pero sabes tú lo que fué de su hija al saber la horrible nueva que le llevaba? Sabes tú lo que fue de ella, responde?

War. Dios mio!

Erm. Pues bien, la hija cayó muerta á los pies de su mismo padre.

War. Basta, basta, en nombre del cielo!

Erm. No, no! Lorenzo no tardó mucho tiempo en saber su desgracia; desesperado, demente, quiso apelar al suicidio, como el único medio de salir de una vez de tanta carga; pero la religion oyó su voz, y derramó el bálsamo del consuelo sobre su abrasada frente, devolviéndole la razon que le faltaba, y arrancando con mano benéfica las heridas de su alma. Lorenzo encontró en ella un apoyo, y despues de haber recibido las sagradas órdenes, vistió el hábito de los hijos de san Bernardo! Mas ¡ay! él creia hallar en el cláustro la calma, convirtiendo su hábito en una mortaja, y en una tumba su celda; pero lejos de acallarse sus pasiones en medio de los egercicios divinos, la ociosidad de la vida monástica, exaltó mas y mas su odio al asesino de Margarita. y el deseo de vengarse se despertó en su corazon aun mas ardiente que nunca. Noche y dia pensaba continuamente en los medios de saciarlo; noche y dia estaba sin cesar el espectro de Margarita demandándole venganza..! Venganza!.. Oh! no, no; seria blasfemar de ti, angel de pureza; de ti, que te hallarás cercada de la aureola de los santos; y que si aun pudieses bajar de esas mansiones de luz, vendrias á implorar de rodillas el perdon de tu padre. Pero yo.... yo he jurado vengarme, y el cielo ha querido proporcionarme la ocasion de conseguirlo antes que esperaba. Si, porque el padre de Margarita, que era un disipador corrompido, asi que vió que sus tesoros se agotaban, se hizo ladron y falsario. Como intendente que era, dilapidó las rentas de la corona, puso cuentas mucho mas crecidas que las sumas que habia empleado en las fortificaciones de Breda; devastó, en provecho suyo, los bosques de Soañes y de Mormael, y vendió las joyas de la corona, que cual un sagrado depósito poseia!

War. Oh! eso es una calumnia infame!

Erm. Mientes! mientes! Tú sabes mejor que nadie, que lo que yo digo es verdad! Tú sabes que todo se descubrió, y que una sentencia deshonrosa, del soberano consejo de Malines, condenó al dilapidador. Tú sabes que fué declarado infame y despojado de su nobleza: que lo ejecutaron en estátua, porque el infame ladron habia apelado á la fuga! Huyendo de la venganza que pesaba sobre él, se refugió en el territorio liodense, y alli en vez de sepultarse en un oscuro retiro, para devorar en silencio su deshonra, en vez de mostrar su agradecimiento al noble magistrado que engañado por su hipocresia le concedió un asilo generoso, se lanzó enmedio de los disensiones civile y corrió á ofrecer á los Chirùs, en cambio d la guerra de rehabilitacion, la cabeza de s bienhechor, la cabeza de La-Ruel.

War. Miserable! Esto es ya demasiado! (*yen hácia él.*)

Erm. (*arrojándose sobre él y sujetándole las manos*) Al rumor de tan inesperada conspiracion, aba doné la soledad del cláustro, y me vine á viv á esta torre, aun mas desierta todavia! Por i flujo del reverendo prior de los carmelita pude estrechar relaciones con el gefe del co plot; y aparentando tener un aborrecimien sin límites al partido popular que domina en Lieja, le ofreci respetuosamente mis se vicios, que fueron noblemente aceptados p él! Y bien! Conoces ahora al padre de Marg rita? Has conocido ya quién es el hombre pa quien yo me creo dispensado de guardar n juramentos? Responde, lo has conocido?.. ves como yo cumplo fielmente mis promes Cumple tú ahora lo prometido; ¿cuál es nombre?

War. Suéltame, suéltame, monge de Satanás!

Erm. Ah! vacilas! dudas! Temes darme á co cer tu nombre! Piénsalo bien! El Dios que c tiga á los enemigos, juzga tambien á los p juros! Quiero sin embargo ahorrarte esa lestia. Helo aqui grabado en la hoja de e puñal, que arranqué de las manos de mi a sino! Miralo! Leelo! No dirás que no tengo estima las prendas que te han perten do? Lee!

War. Mi nombre!

Erm. Si, tu nombre, René, conde de Warfu (*poniéndoselo junto al pecho.*)

War. Ah! ¿te atreverias á darme la muerte?

Erm. No, no se mancharán mis manos en la s gre de un vil tan cobarde como traidor! N temas, no haré contigo lo que quisiste ha conmigo! Es preciso que recibas la muerte los infames, y que la mano de un verdugo ga rodar tu cabeza en un cadalso! No, no mi mano destinada á entregar á Satanás el ma de un réprobo como tú. (*llevándole su hasta la puerta y abriéndola.*) Ahora, noble c de de Warfusé, podeis muy bien retiraros.

War. (Traidor, aun no has logrado lo que seas!)

Erm. Id con Dios, cobarde asesino! (*cierra vio tamente la puerta; Warfusé se aleja por la c na.*) Ah! Por fin triunfaste, Lorenzo! Por has forzado al tigre á rugir desesperado e cueva! En el momento en que ansioso de vorar su presa, abria la boca para despeda la, le has roto los dientes con un golpe d clava! Si, yo triunfo! El cielo ha querido servar mi vida, Warfusé, para castigar crimenes en este mundo, presentándote si pre el cuadro de tus maldades, y avivando tinuamente el agijon de tus remordimien Ah! creias, no es verdad, que Lorenzo era sa del sepulcro! Ya ves como te engaña Lorenzo vive, y espera con ansia el mom de poder descargar otro golpe sobre ti; golpe será el último, pero tambien el mas rible de todos.

ESCENA V.

Dicho, Enrique *y* Ricardo.

Enr. Padre mio, os damos gracias por vuestra generosa hospitalidad; ya está cercana la aurora y no debemos retardar por mas tiempo nuestra marcha.

Erm. Silencio, silencio! Vosotros no sabeis?.. No teneis noticia alguna de lo que pasa?.. Mañana... si, mañana es cuando deben asesinarlo.

Enr. Asesinarlo! Cómo? A quién? Esplicaos!

Erm. A quién decis? Al honrado gefe del pueblo, á La Ruel!

Los dos. A La Ruel!

Erm. Si, á vuestro Burgomaestre! No es verdad que es una infamia? Que es una indigna traicion atentar á la vida de un hombre, y mucho mas cuando este hombre es La Ruel! Pues bien, yo lo sé todo, esta noche me han anunciado que mañana es el dia señalado para darle muerte, y es preciso salvar al hombre generoso en quien el pueblo ha depositado su confianza.

Ric. Habrá tenido por ventura alguna vision? No veis que está delirando?

Erm. Delirando! Decis que estoy delirando, que estoy loco! Pues bien, para probaros lo contrario quiero que seais testigos....

Ric. De qué, de un asesinato?

Erm. De un asesinato! Vos si que estais loco, completamente loco!

Enr. Padre mio, si eso que acabais de decir es cierto, es necesario revelarlo todo al instante para evitar de ese modo una nueva desgracia.

Erm. Si, si, yo quiero que vosotros seais testigos de lo que voy á declarar, porque es preciso denunciar á las leyes una conjuracion, la mas infame que se ha formado jamás; una conjuracion dispuesta para arrancar la vida á La-Ruel, á quien yo mismo quiero esponer su peligro. Me acompañareis?

Enr. Si, os acompañaremos, padre mio.

Erm. Pues bien, jóvenes, marchemos al instante; vosotros me librareis de las asechanzas de mis enemigos, y todos tres podremos gloriarnos de haber salvado la vida á un inocente. Venid!

Los dos. Si, si, vamos.

Erm. Quiera Dios protejer la justicia de nuestra causa!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Una sala del palacio episcopal.

ESCENA PRIMERA.

El Principe, Warfuse.

Prin. Nada temais, señor conde; ya he mandado dar la orden para que se prenda al ermitaño y se conduzca sin perder un solo instante al convento de los padres carmelitas. S. A. me ha encargado que os dé las gracias en su nombre, por el celo estremado que desplegais en su servicio, aunque teme que ese mismo celo os lleve mas allá de lo que desea, pues segun él, no es llegado el momento todavia de dar cima al proyecto que proponeis.

War. S. A. se hace ilusiones; cree que los sublevados cederán, y que todo podrá arreglarse con una pronta pacificacion, pero se engaña; solo un golpe atrevido puede cortar de raiz una planta que se eleva con altivez.

Prin. Pero si por medio de algunos favores diestramente prodigados, pudiéramos atraer á nuestro partido alguno de sus secuaces, que gozáran de influencia con el pueblo, no os parece que seria mas conveniente? Veamos pues; esta es la lista; decidme, La Ruel...

War. Y qué, ¿pensais, señor, poder ablandar esa cabeza de bronce?

Prin. Bien, pero hay otros que tal vez... el señor Monzon...

War. Quién! el sabueso de Richelieu! El instrumento de que se vale su eminencia para apresarnos en sus redes? La tea incendiaria lanzada por la Francia para abrasar los cimientos de este edificio!...

Prin. Y decidme, ¿de qué medios debemos valernos para apagar este gérmen de rebelion?

War. Destruyéndolo de una vez.

Prin. Es preciso primero pesar muy bien los resultados funestos que pudiera ocasionar tal medida. Sigamos. Gil Haim, compositor.

War. Es uno de los grignús mas exaltados.

Prin. Lo alejaremos de aqui; ved ya estendido su pasaporte. El abogado Marchand...

War. Es lo que se llama un hombre lleno de exaltacion, que todo lo sacrifica ante un idolo, la popularidad.

Prin. Miguel Natalis, grabador.

War. Ha sido borrado, por haber dirigido una súplica á S. A., disculpándose de su antiguo modo de proceder!

Prin. El baron Saizan...

War. Enemigo mortal de S. A., y declarado apóstata, por haber empleado diabólicos sortilegios para volver la vida á un moribundo.

Prin. Pedro Defresné! Oh! es un grande artista, y es preciso perdonarle, en gracia de su mérito, sus estravios, y procurar atraerlo á nuestro partido.

War. Como gusteis.

Prin. El canónigo Bochrt... este es un hombre tan estúpido quede nada puede servirnos; Betholet, pintor...

War. No hace tres dias que partió á Italia.

Prin. Ved pues concluida la lista sin que hayan desaparecido de ella mas que tres ó cuatro nombres.

War. Mas no creais que por eso se haya reducido la faccion al último apuro. Mientras respire La Ruel, mientras sea gefe del pueblo, no faltarán sediciosos que se unan en su rededor para defenderle; destruidlos, y otros se alzarán mas terribles tal vez que los primeros, enarbolando su bandera, y proclamando sus principios, porque la voz de ese hombre inflama de una manera magnética los corazones mas frios; mientras él viva, no puede cesar la lucha que nos aflige, porque él mantendrá los ánimos en una efervescencia continua; creedme, señor; para cortar de una vez tantos males, es preciso que desaparezca La Ruel; que entre la desunion en sus partidarios, y que

ellos mismos nos proporcionen el triunfo. La historia entonces!...

Prin. La historia! No apeleis á la historia, señor conde, porque ella no puede absolveros de ningun modo. Juan de Horné que hizo decapitar al fuerte jabalí de los Ardenes, concluyó por ventura la desastrosa guerra que asolaba el principado? Felipe de España, que mandó asesinar al Taciturno, pudo acaso atajar la insurreccion de los Paises bajos?

War. No nos generalicemos demasiado, príncipe; volved tan solo la vista á Flandes, y vereis al ambicioso Hembise que aspiraba á la dictadura, y que por el fanatismo de un pueblo estraviado fué elegido primera autoridad de Gand, hacer célebre su reinado por las terribles persecuciones y atentados que cometió. El encendió mas y mas las guerras intestinas que asolaban aquel pais, y el pueblo, no pudiendo tolerar sus escesos, se sublevó contra èl y le quitó la vida en un cadalso. Desde aquel punto cesaron los desórdenes que agitaban á la Flandes, y se volvió á restablecer la legítima autoridad del rey de España.

Prin. Os cansais inutilmente, conde! Esos argumentos no pueden convencerme de ningun modo! Pero dejando esto aparte, sabed que La Ruel me ha pedido una audiencia, que yo le he concedido al instante. Del resultado de esta entrevista, depende su vida ó su muerte. (*se oyen dentro los gritos del pueblo victoreando á La Ruel.*)

War. (*asomándose á una ventana.*) Vedle aqui que llega, acompañado del consejo de la ciudad. Un inmenso tropel del pueblo le rodea.

Prin. Veis entre la multitud algunos religiosos?

War. Si señor, algunos veo.

Prin. Son dominicos?

War. No, bernardinos del Val-San Lamberto.

ESCENA II.

Dichos, un Oficial *del Príncipe; y despues* La Ruel *y el consejo de la ciudad.*

Ofi. El señor Burgomaestre La Ruel y el consejo de la ciudad solicitan la gracia de ser introducidos á la presencia de su señoria.

Prin. Dejadlos paso, y no consintais que ningun hombre del pueblo penetre en el palacio. (*vase el Oficial, y salen La Ruel y consejo*)

Ruel. Principe! El pueblo de la noble ciudad de Lieja ha sabido con placer vuestra llegada. Espera que la mision que os ha encargado S. A., será fielmente desempeñada, y que volverán á renacer para él los dias de paz y tranquilidad que gozára en tiempos del predecesor de nuestro actual soberano. Tales son sus votos, y los que yo dirijo al cielo continuamente

Prin. Y nos tambien esperamos llenos de confianza, que con la gracia de Dios y del santo fundador de esta ciudad, lograremos reconciliar al príncipe con su querido pueblo, y estinguir la lucha que ha existido entre ambos hasta ahora. Contamos tambien con vuestros buenos servicios, y esperamos que por medio de vuestra influencia aparteis al pueblo del mal sendero por donde marcha, haciéndole presente que las instigaciones de los sediciosos, solo pue en conducirlo á su ruina.

Ruel. No hay sediciosos en el pueblo, ni á la ca
beza del pueblo! El desórden y la anarqui
reinan tan solo en las autoridades del princi
pe. Y quién tiene la culpa de las faltas qu
se cometen? Aquellos hombres que sin ningu
miramiento han atentado á la libertad del pue
blo liodense, violando sus inmunidades y pri
vilegios. Esos son los verdaderos sediciosos! S
el pueblo ha abandonado la tranquilidad d
sus hogares, si ha tomado las armas para de
fenderse, ha sido porque le han forzado á ell
provocándole de una manera injuriosa! Qu
una promesa de reparacion salga de vuestr
labios, y vereis con que gozo deponen tod
sus armas, y vuelven á proseguir sus trabaj
tranquilamente.

Prin. Vuestro lenguaje es muy exaltado, y si
buen Justo Lipse, vuestro amigo, hubiera p
dido escucharos, se preguntaria á si mismo qu
donde existia la urbanidad que él emplea
para hablar con los nobles señores del pais
Lieja.

Ruel. Príncipe, mi lenguaje es verdadero, y si
cubro con un barniz dorado mis palabras,
porque no he tenido la dicha de ser educa
en la corte de un rey. Hijo yo de un homb
del pueblo, debo hablar la lengua del puebl
Dispensadme pues, si no me curo de mi le
guaje al haceros patente la verdad desnuda.

Prin. Os dispensamos de buen grado vuestro le
guaje, pero no habeis justificado con ning
testimonio vuestro aserto, y yo creo que
principe no ha tenido jamás la intencion
atentar á la neutralidad del pais ni de viol
los privilegios é inmunidades de su noble ci
dad de Lieja. S. A., por el contrario, no ha t
tado jamás de estender su poder mas allá de
límites naturales.

Ruel. Las intenciones de S. A., cualesquiera q
ellas sean, son muy poco importantes en es
caso; aqui tratamos solo de examinar los act
de su gobierno.

Prin. Los actos! Decid pues cuáles son es
actos que tanto escitan al pueblo á reb
larse!

Ruel. Escuchadme, Príncipe! El dia que S.
subió al poder, ¿no juró á fé de Príncipe y c
ballero mantener ilesa la neutralidad del p
y observar fielmente los reglamentos y esta
tos de la ciudad, sin infringirlos jamás,
consentir que ninguno los infringiera?

Prin. Sin duda alguna.

Ruel. Pues bien! El principe ha cumplido aca
su juramento? No! Vos, lo mismo que yo, s
beis que no lo ha cumplido No bien tomó p
sesion de este obispado, cuando sin perder
momento partió á la dieta de Ratisbona. Al
mal aconsejado por algunos ministros del e
perador, resolvió hacer entrar el pais de L
ja en la liga católica; pero viendo que no po
tener efecto su plan, porque los magistrad
que estaban á la cabeza del pueblo, queri
mantener decididos su neutralidad, arrancó
emperador, por medio de una sorpresa, la
den que quitaba á la ciudad el derecho de e
gir su Burgomaestre, y que lo depositaba
clusivamente en sus ministros. He aqui el p
mer acto del despotismo de S. A.

Prin. Ignorais, segun veo, ó mejor diré, apar

tais ignorar los desórdenes que ocasionaban siempre las elecciones, y los medios poco decorosos de que se valian algunos para atraerse los sufragios de los treinta y dos; por lo que exigian los estatutos vigentes una modificacion.

RUEL. Ni ignoro ni aparento ignorar que la orden de S. A. lo decia. Pero era verdadera esa necesidad? Existia por ventura? No. El interés y la intriga, son inseparables de toda eleccion! Está exenta acaso de estos manejos la de nuestro santo padre el Papa? El príncipe Ernesto conocia muy bien cuanto pasa en tales actos, cuando hizo publicar en 1603 su reglamento; él mismo presenció algunos escesos cometidos el dia de la eleccion de Streel, y á pesar de eso creyó conveniente revocarlo; porque conoció que tales desórdenes eran enteramente inevitables, y que la ley tenia el derecho de castigar á los promovedores de ellos. Por esta razon no quiso que la ciudad entera pagase las faltas que unos pocos habian cometido.

PRIN. Pues bien; si el diploma del príncipe era tan contrario como decis á los intereses del pueblo, y este se hallaba intimamente convencido de que semejante medida podia conducirlo á la destruccion de su neutralidad, ¿por qué se sometió á él sin murmurar hace dos años?

RUEL. Por qué? Porque un hombre en quién él tenia depositada su confianza, un hombre á quien miraba como á su mas infatigable defensor; Rauzin, en fin, llegó á seducirlo abusando de la confianza con que le honraban; pero el pueblo no tardó mucho tiempo en conocer que Rauzin era un traidor vendido á sus enemigos, y entonces, con mayor ahinco y energia, reclamó la revocacion del edicto imperial.

PRIN. Decid mas bien con mayor descaro, con mayor insolencia!

RUEL. Principe! Las representaciones del pueblo fueron mas respetuosas mil veces que las demostraciones dirigidas por el capítulo de san Lamberto al Santo Padre. Vos no podeis ignorar que en ellas califica el clero á Fernando de opresor y de tirano.

PRIN. Semejante escrito no es verdadero, si no obra de los insolentes facciosos.

RUEL. Obra de los facciosos! Que es la obra de los facciosos decis? Pues entonces, ¿me esplicareis por qué no lo ha desaprobado el capitulo? Por qué Su Santidad ha contestado benignamente prometiendo exigir á S. A. la reparacion de nuestros agravios? No, no, ese escrito es obra del clero, y la historia al consignarlo en sus anales, lo señalará como un borron eterno de vergüenza para Fernando. Pero aun suponiendo que el pueblo al esponer sus quejas no hubiera observado la etiqueta de costumbre, podrá exigirse de un pueblo despojado inicuamente de sus derechos, por la mas injusta violencia, que use el frio lenguaje de la calma, ó que se humille pidiendo gracia, cuando va á reclamar justicia con altivez?

PRIN. Exagerais los hechos, La Ruel.

RUEL. Os engañais! No hay exageracion en nada de lo que digo! Si recordais los hechos, no podreis dejar de conocer la verdad que encierran mis palabras. Para daros una prueba de ello, voy á enumerarlos; oid. Se publicó la orden imperial, se reunió el consejo de la ciudad, y se acuerda dirigir al príncipe una súplica reducida á hacer revocar el edicto; S. A. contestó con una formal negativa; y en vista de ella se mandó á Bonu una legacia, que fué brutalmente devuelta al consejo de la ciudad. Fernando antonces embriagado con su triunfo, pidió á la cámara imperial de Spire que fuese puesta en su vigor la bula de Pablo II, que concedia al principe la soberania absoluta del pais, la cual el pueblo no habia querido admitir jamás; y la cámara, no solo acogió esta estravagante pretension, sino que prohibió á los Burgomaestres decir *nuestra ciudad* al hablar de ella; tanto la burgomaestria como el clero, hicieron varias protestas contra un acto tan despótico; pero sus justas reclamaciones fueron menospreciadas por la cámara, y un crecido número de soldados estrangeros cayó de pronto sobre el principado. El emperador llegó al cabo á sacudir el horrible letargo en que se hallára, y conoció que habian abusado de su confianza; entonces ordenó al principe que mandase alejar sus ordas, pero él muy lejos de obedecerle, hizo acampar nuevas legiones debajo de nuestros muros, obligándolas al fin á acercarse á los arrabales. A este tiempo llegó la época de las elecciones. Beckman fué elegido Burgomaestre, y despues de haber resistido todos los medios de seduccion que emplearon para atraerlo á su bando, despues de haber despreciado las riquezas que le ofrecieron, murió villanamente asesinado por sus cobardes enemigos. A los últimos ecos del himno funeral, al sonido de los sollozos que lanzaba el pueblo por la pérdida de su defensor, se unió el estampido de los cañones. Juan de Wert al frente de sus croatas, invadió al punto el territorio, y á la llegada de este gefe, se siguieron innumerables desórdenes! Bilsen fué destruida, Tongres sufrió los horrores de un saqueo; las llamas devoraron diez y ocho villas, y los templos fueron demolidos por los impios. Los vasos sagrados, los ornamentos del altar se vendieron á pública subasta; los pastores fueron arrojados de sus presbiterios, y los niños murieron sin bautismo, como los enfermos sin sacramentos. Aquellos hombres, en fin, todo lo profanaron; por ellos fueron las virgenes sacrificadas sin pudor; ellos aniquilaron sin piedad la agricultura; sus hierros homicidas dieron la muerte á mas de ocho mil hombres, y ya hace tres meses que Lieja es bloqueada por esos bárbaros.

PRIN. En mano de los estados se halla pues levantar el bloqueo de la ciudad, siempre que voten los subsidios pedidos por S. A. para atender á las necesidades del imperio, y que convengan en pagar los sueldos á las tropas de Juan de Weert. Entonces el pais...

RUEL. El pais ha hecho ya demasiados sacrificios! No han concedido los estados á S. A. en el espacio de diez años, mas de cinco millones de florines? No nos hemos visto obligados á dar doce mil escudos para la defensa de la ciudad? No ha sacado el Principe, sin la aprobacion del

capítulo, setenta y cinco mil florines del monte de piedad? No ha empeñado por una suma igual, sin el permiso del Santo Padre, todos los bienes de la mesa episcopal? Y qué! despues de todo esto, consentirian los estados en agravar al pueblo con nuevos impuestos? Pensais que seriamos tan cobardes que compráramos con el oro la retirada de un enemigo que se ha saciado en la sangre de nuestros hermanos y aun en la nuestra? No, no, Príncipe! Nada de subsidios! Nada de impuestos! Mientras que ocupe nuestras tierras el estrangero, mientras no se revoque el edicto que viola nuestros estatutos y comprometa nuestra neutralidad, no espereis que el pueblo haga la mas mínima concesion.

Prin. Pues bien, creeis que en las circunstancias actuales sea posible mantener la neutralidad cuando una guerra cruel asola la Francia, la Alemania y los Paises bajos? El único medio que hay de librar al principado de tantos males, es hacerlo parte del cuerpo germánico y ponerlo bajo la proteccion directa del emperador. Entonces si que podrá muy bien desafiar á los estrangeros.

Ruel. Os entiendo, príncipe; vos quisiérais que los liodenses abdicasen su independencia en manos de S. M. imperial, pero eso es precisamente lo que no harán nunca. A la conservacion de su independencia, está unida la de su libertad, y el dia que perezca la una, dejará la otra de existir.

Prin. Yo supongo que si se tratase de una reunion con la Francia, no pondriais tantas objeciones.

Ruel. Os engañais! Sé muy bien que nos creen instrumentos de que se vale Richelieu para separar el principado del circulo de Wesfalia; pero en nombre de la ciudad de Lieja, protesto contra esta infame calumnia! Tan súbditos queremos ser del rey de Francia, como de un emperador de Alemania! Nosotros somos liodenses, y no seremos nunca mas que liodenses. Del estrangero han venido todas nuestras desgracias! Si dudais de ello, recorred los campos de batalla de Bovigné y de Brusthein, registrad las ruinas sepulcrales de Dinant y de Lieja, invocad los manes de nuestros seiscientos franchimonteses, y ellos mejor que mi débil voz os dirán lo que pesa la dominacion estrangera! No nos hableis ya mas de la Francia; nosotros nada tenemos que envidiarle! Somos mas libres que ella, y nuestras instituciones y nuestras leyes, valen mil veces mas que las suyas.

Prin. Pues á pesar de eso, no os habeis desdeñado de admitir la proteccion de su rey.

Ruel. De ningun modo. Los reyes de Francia se obligaron por tratados solemnes á hacer respetar nuestra neutralidad. ¿Qué cosa mas justa y natural que recordarles los atentados cometidos contra el paladion de nuestra independencia? La carta que S. M. Luis XIII ha tenido á bien enviarnos, contestando á las quejas de la ciudad, tal vez podrá convenceros. Dignaos tomar conocimiento de ella.

Prin. Veo que es inútil prolongar por mas tiempo esta entrevista. ¿El pueblo está determinado á no hacer concesion alguna?

Ruel. Lejos de tener concesiones que hacer es el pueblo, príncipe, quien las exige de S. A

Prin. Basta; podeis ya retiraros.

Ruel. Pensadlo bien! Si desechais mi mision, par to mañana para Viena.

Prin. Partid.

Ruel. Es esa vuestra última determinacion?

Prin. Mi última palabra.

Ruel. (*volviéndose al consejo.*) Representantes d la noble ciudad de Lieja, hay entre vosotro alguno que desapruebe mi lenguage, y que s oponga á lo que acabo de decir al princip en vuestro nombre? Responded!

Todos. No.

Ruel. Os hallais dispuestos á desafiar todos lo peligros, á someteros á todas las persecucio nes, y arrostrar el destierro y la muerte po defender vuestras libertades y privilegios?

Todos. Si.

Ruel. Pues bien! que el mes próximo nos encor tremos reunidos en este mismo palacio, di tando las condiciones de una paz honorific ó sobre sus gradas enrojecidas con nuest sangre, muriendo con las armas en la ma por defender dignamente la santa causa d pueblo, y conservar ilesa su libertad. (*vase,* *el consejo.*)

ESCENA III.

El Principe, Warfuse.

War. Y bien, señor, qué decis?

Prin. Es preciso que muera inmediatamente, s que se comprometa el nombre de S. A.

War. Descuidad! (*presentando un papel.*) Ten la bondad de firmar esta orden para el coma dante del fuerte de Naivagne.

Prin. Tomad. (*despues de haberlo firmado.*) Mañ na parto para Aix-la Chapelle, y cuando e negocio esté concluido, os enviaré el edicto rehabilitacion que habeis solicitado.

War. Os doy mil gracias, mi querido príncipe.

Prin. A Dios, señor conde; ejecutad vuestro pr yecto con prontitud, y cuidad mucho de q no llegue á descorrerse el velo que debe oc tar este crímen.

War. Este secreto morirá con nosotros.

Prin. A Dios. (*dándole la mano.*)

War. A Dios! (*estrechándola.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una sala en casa de La Ruel, con mesas, sillas, y cribania.

ESCENA PRIMERA.

Warfuse y La Ruel, *escribiendo.*

War. Recibid mis mas sinceras felicitacion señor Burgómaestre. Los gremios de la ciu eligiéndoos gefe de ella, no han hecho n que cumplir con un sagrado deber, y prem con sus justos homenages, el celo y la ene que desplegais para defender sus interes Dignísimo sucesor de Beckman, habeis l dado relevantes pruebas en la entrevista (habeis tenido con el príncipe, de la firmeza

vuestros principios, y de vuestra decidida adhesion á la noble causa del pueblo; y aquel no ha podido menos de quedar absorto con la verdadera franqueza de vuestro lenguage.

RUEL. Habeis quedado despues que yo me marché en conferencia con el principe?

WAR. Si, él me detuvo contra mi gusto, pues anhelaba venir á felicitaros. Dijome que queria implorar la gracia del rey en favor mio, y ya veis que esto seria declararme culpable; confesele por tanto que estaba resuelto á no cometer nunca tal bajeza, y que no solicitaba gracia de ninguna especie; que lo que yo queria era una completa rehabilitacion, sin la cual no podia aceptar los favores que se hallaba dispuesto á concederme.

RUEL. Y os dió alguna esperanza...

WAR. Si, pero en cambio de su proteccion exijió de mi una cosa que me parece harto dificil.

RUEL. Y cuál es? Veamos; ¿qué es lo que exijió de vos?

WAR. Que provocase una reconciliacion entre el principe y el pueblo, y que emplease con vos toda mi influencia para...

RUEL. Señor de Warfusé, os estimo y os venero cual mereceis, porque me hallo persuadido de que habeis sido victima de una sentencia inicuamente proferida; pero sabed que eso que decis no puede tener efecto, y que á pesar que me hallo dispuesto á protegeros contra las calumnias de vuestros enemigos, ayudándoos á solicitar de S. M. la rehabilitacion que apeteceis, no pasa de aqui el ascendiente que teneis sobre mi. Mi posicion ha cambiado enteramente; no soy tan solo un libre ciudadano como era ayer, y el título de gefe de la ciudad conque el pueblo ha querido honrarme, me impone el sagrado deber de respetar en todo su voluntad, siempre que esta no traspase los limites de la justicia. Vos me comprendeis sin duda, y espero que no me digais que Fernando no es un tirano, y que si hace el mal, es por error mas bien que por cálculo. No, yo conozco á S. A. demasiado, y sé de lo que es capaz; por consiguiente no dudo que tal vez autorize algun dia mi asesinato, y premie al que lo liberte de mi, arrancándome una vida que he consagrado á defender una causa justa. Los rumores que circulan ha dias de una conspiracion, me impelen á creerlo de una manera evidente; pero yo me encuentro dispuesto á arrostrar todos los peligros que se presenten, y hacer que triunfe el mismo pueblo que me ha elejido su defensor.

WAR. Y no habeis podido descubrir el origen de esos rumores? No sabeis quiénes sean los gefes de esa conspiracion?

RUEL. No, nada he podido saber, porque todo se halla cubierto con un velo impenetrable; pero llegará un dia en que se descubran los conspiradores, y entonces, hay de ellos!

WAR. (Ah! respiro!) Pero y si cometiesen algun atentado, si una esplosion inesperada...

RUEL. No la temo! Inaccesible á todo sentimiento de temor, desafio los puñales de mis enemigos.

WAR. Y si se atreviesen á asesinaros?

RUEL. Si me asesinasen, ellos serian entonces los que merecerian ser mirados con lástima! Ellos que entregarian su patria á nuevos desórdenes, y á desgracias inevitables! Ellos que harian de nuevo correr la sangre de sus hermanos en medio de nuestras plazas! Ellos que no tardarian en ser sacrificados, y que se sepultarian en un abismo con el idolo que pretendiera elevarlos sobre la ruina de nuestras libertades y privilegios! Pero dejemos esta conversacion tan triste, que no podria yo sostener por mucho tiempo, sin concebir un disgusto profundo, y sin odiar á los hombres que tan notorias injusticias cometen. Ocupémonos mas bien en serles util y en tratar de mejorar su suerte. Sabed que mañana parto para Viena.

WAR. Conque habeis resuelto emprender vuestro viage?

RUEL. Si, prometi partir, y partiré.

WAR. Pues ya es definitiva vuestra resolucion, espero que me concedais una nueva señal de vuestro aprecio.

RUEL. Decidme cual.

WAR. Que honreis mi nueva casa, asistiendo al banquete que he preparado para celebrar vuestra eleccion. Reusareis acaso complacerme?

RUEL. Bien quisiera aceptar vuestros favores, pero las ocupaciones de que me veo rodeado continuamente, tal vez no me dejen...

WAR. Asistirán tambien varios convidados, amigos vuestros; ningun Chirús, por supuesto; todos, todos serán defensores de la causa popular.

ESCENA II.

Dichos, ENRIQUE.

ENR. Padre mio!

WAR. Hijo mio! Enrique!

RUEL. Por fin os vemos, mi querido Enrique! No hay duda que os habeis hecho desear bastante... casi llegué á creer que erais prisionero de los Croatas! Pero ya tenemos el gusto de veros aqui y... dadme vuestra mano, joven! Os habeis conducido como un valiente, como el mas intrépido capitan! Si asisto esta noche al banquete de vuestro padre, quiero echar un brindis en vuestro honor!

WAR. Enrique, hijo mio, dejame esplicarte el placer que siento con tu venida. Ahora, gracias á ti, podremos acallar algun dia la voz de nuestro humillado blason.

ENR. Oh! (Sabe Dios que lo deseo ardientemente.) Soy dichoso en encontraros reunidos, porque tengo una estraña noticia que daros. Ayer noche, separados de nuestro camino, y sorprendidos por las tinieblas, fuimos á pedir hospitalidad Ricardo y yo, al ermitaño del Val-Benito; como era de esperar nos la concedió, y descansamos en su retiro. Cuando ya la aurora se acercaba, nos levantamos, y en el momento de despedirnos, este hombre singular nos reveló, en términos desordenados, la existencia de una conspiracion contra vos. (*á La Ruel.)*

WAR. (Qué es lo que dice?)

ENR. Deseando que vos mismo supieseis el nombre del traidor que está á la cabeza de esta trama, nombre que no ha querido revelar el ermitaño á ninguno de nosotros dos, le hemos

acompañado, cual él nos lo rogaba encarecidamente, porque temia sin duda que le asaltasen en el camino, á fin de que sepais de su boca el misterio que nos ha ocultado. Pero lo que hay de mas particular en esto, es que sus sospechas no carecian de fundamento, y que al llegar á la cumbre de San Mauro, hallamos tres hombres armados, que le esperaban para darle muerte, y que afortunadamente dejaron de existir al impulso de nuestros aceros.

WAR. (Oh! fatalidad!)

ENR. El ermitaño está aguardando tan solo que le permitais entrar.

RUEL. Pues dónde se halla?

ENR. En el umbral de la puerta espera vuestro permiso.

WAR. Pero decidme, este hombre no es un mentecato, un demente que sirve de diversion á los muchachos, cuando alguna vez se aparece en la ciudad?

ENR. No lo sé.

WAR. Ah! si, no cabe duda! Ahora recuerdo... no has dicho que es el ermitaño del Val-Benito?

ENR. Si, padre mio.

WAR. Pues bien, ese hombre es un delirante, ese hombre está completamente loco!

RUEL. (*á Warfusé.*) Amigo mio, hay locos que tienen momentos despejados y cuyos avisos no se deben desatender. Tal vez sea este uno de ellos, de quien se habran valido mis enemigos como de un instrumento tanto mas dócil cuanto que se halla estraviada su inteligencia. Enrique, hacedlo entrar. (*vase Enrique.*) Es preciso que yo le oiga, y que descubra el hilo de esta trama tan infernal.

ESCENA III.

Dichos, el ERMITAÑO, RICARDO *y* ENRIQUE.

ERM. (*á Warfusé que quiere irse.*) Quedaos, señor René de Warfusé; podeis oir mis revelaciones.

ENR. (Conoce á mi padre!)

ERM. La Ruel! Hace largo tiempo que el odio de los Chirús te persigue, que te preparan lazos, y tú jamás has fijado en ellos la atencion. Empero tu indiferencia ha acumulado sobre tu cabeza peligros y tempestades, que sin mi iban á estallar. Demos pues gracias, no á mi, que he sido tan solo el instrumento de los decretos del altisimo, sino á Dios que te ha proporcionado un defensor para librarte del abismo en que ibas á despeñarte sin remedio. Sabe, pues, que un hombre que se dice amigo tuyo, un hombre á quien has admitido en tu hogar, un hombre, en fin, que te debe la vida y el honor, ha vendido tu cabeza vilmente por un edicto de rehabilitacion.

RUEL. Y ese hombre... pronto, decidme pronto quién es ese hombre?

ENR. Si, si, decidlo; decid quién es, y dónde se halla!

ERM. Vedlo aqui! Ese hombre es el conde René de Warfusé.

RUEL. El!

ENR. Mi padre!

RIC. El conde!

ERM. (Su padre! él su padre! Dios mio!) Pues bien, si; ese hombre pretende asesinarte; yo he sido el instrumento de que se ha valido para comunicar al príncipe sus planes, y el que ha negociado el precio de tu cabeza. Yo el que ha ido á Bonn á obtener de S. A. la aprobacion de tan infame proyecto. Anoche fué á verme secretamente para saber el resultado de mi comision, y él es el mismo que, indignado de la molicie del principe, que parecia retroceder al aspecto de la responsabilidad de este atentado, dijo en mi solitaria torre, que un asesinato no es siempre un crimen! La Ruel, ese hombre á quien habeis tendido una mano bienhechora, es una sierpe que habeis alimentado en el seno, y que pretende devorar al mismo que ha querido tener encubierta su deshonra.

ENR. Miserable! Bien veo que eres mas digno de compasion que de castigo; bien veo que es cierta tu locura, y que hice muy mal en dudar que eras un insensato, objeto de burla y de desprecio; pero despues de la acusacion que has hecho contra mi padre, de una manera tan ridícula, no puedo menós de conocer que era cierta tu demencia, y que eres un delirante, un loco!

ERM. El tambien! El cree que estoy loco!

ENR. La Ruel! Podeis sospechar acaso de mi padre accion tan vil? Podeis creer que se haya mezclado en un complot dirigido contra vos, él, á quien habeis colmado de beneficios, él, que por defender vuestra vida, está pronto á sacrificar la suya si es necesario? No, no, vos no podeis creer esa calumnia infame! Vos no podeis creer á un delirante, á un hombre que está demente, y cuyo aire espantado, cuyas facciones contraidas manifiestan el estravio de su razon! Sin duda algun pensamiento de sangre ocupa su mente, y ofuscado, en medio de su delirio, ha hecho autor de tan gran crimen al primero que se ha presentado! Ah! no, no, vos no podeis dar ninguna fé á sus palabras! Pues qué, porque mi padre es desgraciado, le creeis tan vil, que por reparar una injusticia cometida con él, una iniquidad, venda la vida de su bienhechor! Y seria por ventura este el mejor medio de repararlo todo! No fuera entonces mas cierta su perdicion? Oh! no, nunca alcanzará mi padre la indemnizacion de su honor y de sus dignidades, si es preciso hacerse asesino para conseguirlo! Nunca manchará de ese modo la nobleza de su sangre! Ah! Bien veis, señor, que ese hombre es un demente á quien no debeis dar crédito, y que solo ha querido engañaros, calumniando al hombre á quien habeis protejido, y que os mirará siempre como á su angel tutelar!

ERM. Muy bien, jóven, muy bien! Pero por qué no se defiende tu padre? Por qué no dice lo que fué á practicar cerca del principe de Osnabruck? Que haga conocer, si se atreve, el objeto de su entrevista con él, que no le oculte, y entonces...

RUEL. Conozco el objeto de su entrevista, y no pasó en ella nada de que pueda sonrojarse el señor de Warfusé.

ERM. Ah! Lo veo! Tus medidas estan bien tomadas... pero ya que el ermitaño del Val-Benito no ha podido confundir al asesino, tal vez Lorenzo sabrá aterrarlo y descubrir su impostura! Si, mírame bien. Yo soy Lorenzo, el

aventurero español, el amante de Margarita!

ENR. Una palabra mas y te dejo muerto á mis pies! (*á La Ruel.*) Amigo mio! consentireis que se prolongue mas esta escena, que se tolere la impostura de un loco, que en otro tiempo aspiró á la mano de mi hermana, que le fué negada por mi padre, y que no posee ya el augusto caracter del ermitaño del Val-Benito, sino el del impostor Lorenzo, que segun se dijo habia muerto á manos de un desconocido espadachin, á la vuelta de una calle! Impostor! Y este es el hombre que acabo de salvar de la muerte con riesgo de mi propia vida! Es este el hombre que para pagar el obsequio que le he hecho, viene á denunciarme aqui como el hijo de un traidor, como el hijo de un asesino?

ERM. Miserable!.. Di pues á tu hijo, que desmienta el testimonio de este puñal. (*lo saca y lo muestra à Warfusé.*)

WAR. (*arrebatàndolo*) Ah! este puñal es mio; lo conozco bien. Te doy las gracias por haberme devuelto una prenda que me habian robado.

ERM. La Ruel! Te dejarás engañar por mas tiempo!

RUEL. Basta! No quiero escuchar mas!.. Puede que se haya tramado un complot contra mi vida, pero que el conde de Warfusé sea el culpable, ni lo creo, ni lo creeré jamás.

ERM. Cómo?

RUEL. No, jamás! El tambien está sufriendo indignas persecuciones, él tambien tiene innumerables enemigos, y no ignoran las tentativas que se han hecho para sacarle del territorio libre del principado, entregarlo á sus enemigos, y hacerlo indigno de la rehabilitacion que solicita; pero estas cobardes maquinaciones no tendran efecto conmigo. Conde! he jurado que mientras habiteis el hospitalario pais de Lieja, estareis bajo mi proteccion; renuevo ahora este juramento en presencia de vuestro mismo acusador, y para probaros que no he dudado nunca de vuestra sinceridad, os prometo asistir á vuestro banquete esta noche; estais satisfecho, mi querido Enrique? (*le dá la mano.*)

ENR. Oh, amigo mio! (*estrechándosela.*)

ERM. Pues bien, puesto que soy un loco, me retiro! (*à Warfusé.*) Pero antes, escucha mi última palabra! (*por La Ruel.*) Este hombre, cuya alma es tan noble, como vil y deprabada la tuya, no puede creer que aquel á quien tantos favores ha prodigado, sea capaz de cometer un gran crimen; seria preciso, para convencerle, que hubiese pruebas escritas, y tú sabes muy bien que no las tengo. Que la magnanimidad de su conducta te haga arrepentir de la maldad de la tuya, y yo me veré suficientemente recompensado. (*á La Ruel, levantando las manos al cielo.*) La Ruel! Cuando Daniel hubo esplicado á Baltasar los carácteres de fuego trazados en la pared por la mano de un Dios vengador, Daniel se retiró, y el rayo estalló sobre la cabeza de Baltasar! (*vase.*)

ESCENA IV.

Dichos, escepto el ERMITAÑO.

ENR. Qué insensato! Gracias á Dios que nos vemos libres de él!

RIC. Vaya una aventura estraña.

RUEL. Amigos mios, olvidemos lo que acaba de pasar, y no nos durmamos creyendo hallarnos en una completa tranquilidad. Mientras dure mi ausencia, señor conde, velad por mis intereses, y averiguad los autores de cualquier trama que se forme para atentar á mi vida. Quiero hacer un egemplar sangriento, si es necesario, á fin de que escarmienten los que intentaren conspirar contra las libertades Liodenses!

WAR. Podeis descansar en mi actividad.

ENR. Hasta la noche, amigo mio! A qué hora es el banquete?

WAR. Tú no puedes asistir á él.

ENR. Por qué, padre mio?

WAR. Las tropas de Juan de Weert que se libraron de la mortandad, se disponen á atravesar el Moza, y es preciso impedir que efectuen este paso.

ENR. Marchemos pues á concluir la obra que tan felizmente empezamos. Hasta mas ver, padre mio! Pedid al cielo que otra vez nos conceda la victoria!

RUEL. Podeis contar con ella, noble joven! (*vanse Ricardo y Enrique.*)

WAR. Y vos, señor Burgomaestre, ved que os espero en mi casa. Hasta la noche!

RUEL. Hasta la noche! (*acompañándole hasta la puerta.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon en casa de Warfusé. En el fondo tres grandes puertas ojivas, las cuales se abren à su tiempo y dejan ver un magnifico salon en el que se hallara una gran mesa ricamente servida, y todo iluminado con profusion. A la izquierda del actor, en primer término, una puerta de un gabinete; en segundo otra que conduce á las habitaciones interiores, y à la derecha la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA.

WARFUSE, *solo.*

Vendrá, si, vendrá! Y yo lograré lo que deseo, y alzaré á mi vez la cabeza con orgullo! El astro de la rebelion toca á su fin; una hora mas, y habrá desaparecido del horizonte!.. Y el mio se desprenderá triunfante de las tinieblas que lo han oscurecido! Ah! El tiempo marcha tan lentamente!.. pero no, no le acusemos, él es el mas fiel amigo del hombre, el cómplice mas adherido á sus proyectos! El, á lo menos, no falta nunca á su palabra, ni hace traicion, como los mortales, á los que depositan en él sus secretos. Oh! nobles señores de Brabante y de Lieja! Os preparabais ya á caer como buitres hambrientos sobre las ricas tierras de Warfusé, y á sacar de las uñas del águila Germánica mis despojos que se ha hecho adjudicar!.. Paciencia!.. Los decretos de un consejo soberano no son irrebocables!.. Muy pronto volveré á aparecer en la corte; en medio de los insolentes habitantes de Bruselas, y veremos si entonces, esos nobles flamencos y esos soberbios españoles, osan mirar con desprecio á René de Warfusé! Ay de ellos si fuesen tan atrevidos! El camino ensan-

grentado que voy á seguir, podrá tal vez ensancharse... Asi me aborrecerán... me detestarán mas que nunca... pero que se guarden de demostrarlo! Y qué me importa su odio ó su amistad?.. Si yo quisiera penetrar el misterio que envuelven las historias de esas familias altaneras é ilustres, no encontraria probablemente en ellas algunas maldades capaces de espantar á los mas grandes facinerosos? Si, á los acentos de mi voz, el adulterio, el asesinato, el crimen de alta traicion, irian á agruparse al rededor de ellas, procurando envolverlas, apagarlas, ahogarlas en sus monstruosos enlazamientos!.. Para que me hede inquietar por quimeras!.. Pero... en estas manos habrá sangre! Sangre... La Ruel! El me acogió en su hogar, me libertó de la furia de mis enemigos, me prodigó generosamente su proteccion, y ahora... ahora para recompensarle sus beneficios, voy á... Oh! esto es infame!.. Pero no; yo era criminal antes de atentar á su vida; una sentencia deshonrosa me priba de todos mis bienes; esa sentencia está impresa aqui con caracteres de fuego; esa sentencia me abrasa, me quema, me consume... Eh! no, no, es preciso que muera La Ruel; sacrificándolo á mi interés, no es á mi bienhechor á quien hiero, es al conspirador, al rebelde! Si, si yo no le mato, tal vez me matarán á mi!

ESCENA II.

Dicho, Grandmont, *por la derecha.*

War. Ah! estas aqui ya, mi querido Grandmont? Has cumplido la comision que puse á tu cargo?
Grand. Si, señor, todo se ha cumplido fielmente.
War. Y los soldados?
Grand. En ese aposento. (*señalando á la segunda puerta de la izquierda.*)
War. Y dónde has puesto al religioso que te dige?
Grand. En esa otra habitacion. (*señala la primera puerta de la izquierda.*)
War. Está bien! Has preparado los caballos?
Grand. Os esperan en el puente de Amerevuer.
War. Basta! Vuélvete al instante á tu puesto.
Grand. Una palabra aun, señor conde.
War. Qué?
Grand. La señal?
War. A la salud de S. M. el emperador, y de S. A. el principe obispo!

ESCENA III.

Warfuse, *á poco un criado, y detrás el caballero* Monzon *y* La Ruel.

War. Oh! bien! La suerte empieza á favorecerme. Todo está preparado con el mayor sigilo; el momento se acerca, y mis convidados no pueden tardar en venir! Con qué gozo volveré á entrar en posesion de mis bienes, limpio ya de la mancha que me deshonra! Con qué gozo volveré á elevarme sobre esos grandes altaneros!
Un cria. El caballero Monzon, enviado de S. M. el rey de Francia! El señor Burgomaestre La Ruel!
War. (*sale al encuentro de ambos, hace un saludo respetuoso á Monzon, dá la mano á La Ruel y baja con ellos.*) Sed bien venidos, señores! Dispensad, si el conde de Warfusé no puede recibiros con todas las distinciones debidas á vuestra clase.
Ruel. Nada de cumplimientos, querido conde; un banquete donde debe reinar la mayor franqueza y cordialidad, donde hace la amistad las ofrendas, bien puede pasar sin la magnificencia del lujo!

ESCENA IV.

Dichos, los demas convidados que se iran presentando por su orden.

Un cria. El señor baron de Saizau y el señor canónigo Bochot.
War. Ya sola falta el abogado Marchand.
Ruel. Será de los nuestros? Tanto mejor! Lo celebro, porque es un amigo, á quien mucho aprecio. Lo conocí hace dos años en un banquete que dió el duque Rodolfo de Saxe-Weymar á los Burgomaestres de la ciudad; banquete que es célebre, señor conde, en los anales de Lieja.
War. Si? Pues nada sé de lo que decis; yo entonces debia hallarme fuera de Lieja y... Vaya, contadnos lo que pasó en él.
Ruel. Rodolfo habia pedido á los estados una suma de ocho mil escudos, mediante la cual se le obligaba á garantir el pais bajo del pillage de las tropas estrangeras; los estados despues de haber examinado detenidamente su demanda, determinaron desecharla, y él irritado de esta negativa, resolvió obtener por la fuerza lo que no habia podido alcanzar con la astucia. Hizo entrar al conde de Rer en la ciudad, á la cabeza de un regimiento de caballeria, y en aquel momento se estendió el alarma, habiéndose tocado á rebato; de aqui resultó que se tendieron los cadenas en algunos cuarteles, que los Burgomaestres hicieron cerrar las puertas, y que el pueblo se armó para defenderse; pero á pesar de esto, el alarma cesó y el duque convidó á los Burgomaestres á comer. En la comida hubo palabras que insultaban á estos últimos; el pueblo que lo supo, acudió en masa á vengar su ofensa; los soldados del duque hicieron fuego, se travó una contienda muy reñida, el pueblo, mas poderoso, logró vencer, y despues de haber invadido el palacio, arrojó de la ciudad con sus tropas al conde, y al duque que habian querido tiranizarla.
War. Oh! No hay duda que fué un fin poco á propósito para un banquete.
Ruel. Espero que el nuestro no concluirá de este modo!
War. No, bien podeis asegurarlo. (*con intencion.*)
Un cria. El señor abogado Marchand! (*sale este.*)
War. Señores, ya nos hallamos todos reunidos. Pasemos á la sala del banquete. (*las puertas del fondo se abren, los convidados se sientan á la mesa, y varios criados la sirven. La Ruel estará á la derecha de Warfusé.*) Y bien, señor de Monzon, que noticias corren por la ciudad? Sabeis alguna cosa de nuevo?
Mon. Nada, señor conde; solamente podré informaros de que los flamencos tratan de levantar el campo, y de librarnos de su vecindad, que no nos es muy agradable, por cierto.
Ruel. Teneis razon; lejos de sernos grata, nos e

gravosa y fatal en demasia; sabed, señores, que las correrias que ejecutan las tropas flamencas que se hallan en el castillo de Naivagne, son cada vez mas desastrosas, y que los pobres labradores sufren por ellas vejaciones que no ceden en nada á los escesos cometidos por Juan de Weert. Ayer mismo fueron asesinados tres pacificos habitantes de las cercanias de Viss, y despues de haber saqueado sus cabañas, arrojaron sus cadáveres en el Moza. Por esto creo yo, que muy lejos de abandonar nuestro vecindario, aguardan solo la hora de apoderarse de la ciudad por sorpresa, mucho mas, cuando me han asegurado que unos cincuenta soldados que llevaban el uniforme de los flamencos, rondaban al rededor de los muros hará una hora.

WAR. Y de quién lo habeis sabido, señor Burgomaestre?

RUEL. De vuestro hijo!

WAR. Cómo? De mi hijo!

RUEL. Si, del mismo, que se ha alarmado mucho al ver dirigirse á la ciudad, por caminos estraviados, á esos cincuenta soldados.

WAR. Pues qué temia?

RUEL. Un atentado contra vuestra vida, señor conde; esto le ha puesto confuso, y estaba indeciso cuando le dejé, sin saber si seguir su camino, ó volverse á Lieja. Celebraré mucho que se haya decidido por lo segundo, porque de este modo tendremos un convidado mas, amable y fino como el primero.

WAR. Oh! No creo que abandone su empresa por una sospecha tan solo; el deber es antes que todo, y él no puede separarse de la senda que aquel le traza; él no debe dejar á los enemigos en libertad, cuando puede esterminarlos de una vez, y conseguir una victoria completa.

ESCENA V.

Dichos, GRANDMONT.

GRAND. Señor conde, tened la bondad de escucharme.

WAR. Dais permiso, señores?

TODOS. Con mucho gusto. (*Warfusé se levanta y baja á la escena con Grandmont.*)

WAR. Vamos, habla, qué hay? Qué ha ocurrido?

GRAND. Acaban de darme unas noticias que no son por cierto nada agradables.

WAR. Cómo?

GRAND. Me han dicho que el ermitaño del Val-Benito anda corriendo como un insensato por las calles, alarmando al pueblo, é incitando á venir á vuestro palacio á pediros á La-Ruel, y á daros la muérte si no lo entregais al momento.

WAR. Oh! Es preciso apresurar el instante de la ejecucion! Es preciso que muera, para quitar al pueblo toda esperanza.

GRAND. Pero qué hemos de hacer?

WAR. Corre, vuelve á tu puesto y está pronto, porque es preciso apresurar la señal. Vete. (*vase Grandmont.*)

RUEL. (*que vuelve á sentarse.*) Y bien, señor conde, ha ocurrido alguna cosa de nuevo?

WAR. No, nada, nada; impertinencias de criados que no saben nunca lo que han de hacer. Dejémoslos pues, y ya que se ha visto interrumpido nuestro banquete en algun tanto, brindemos, señores, á fin de animarlo, y que brille la alegria en nuestros semblantes.

TODOS. Si, si, brindemos.

WAR (*llenando un vaso y levantándose.*) A la salud de S. M. el rey de Francia, Luis el justo. (*apura el vaso, todos le imitan y van á sentarse.*) Un instante, señores. (*llenando otro vaso.*) A la salud de S. M. el emperador, y de S. A. el principe obispo de Lieja.

RUEL. Os chanceais, conde?

ESCENA VI.

Dichos, los soldados.

WAR. No, no me chanceo! A mi, soldados; cumplid mis órdenes al momento.

TODOS. Qué es esto? (*admirados.*)

WAR. Prended al Burgomaestre y á todos los demas señores que veis aqui.

TODOS. Cómo? (*los soldados cercan á los convidados y les quitan las armas.*)

RUEL. Oh infame!

WAR. Dejaos de esclamaciones, señores, y aprestaos á emprender la marcha que debeis seguir, disponiendo con prontitud vuestras almas.

RUEL. Y qué, señor conde, tendriais valor de cometer una accion tan infame, con aquellos que solamente os han prodigado beneficios; con aquellos, que demasiado crédulos é inocentes, no han querido dejarse persuadir de vuestra perfidia, porque juzgan por su alma la de todos los demas! Decidme, no temeis que la sangre de vuestro bienhechor caiga sobre vuestra cabeza, y su sombra os presente continuamente el horrible espectáculo de vuestro crímen! Ah! señor conde, bien veo ahora que sois un cobarde, un traidor, un asesino!

WAR. Nada de injurias, La Ruel, porque ellas no han de salvaros; yo cumplo en esto las órdenes de S. M. el emperador y del principe obispo, y me tengo por muy dichoso en poderles ser útil en algo. Llevaos luego á los presos, y en cuanto hayan cumplido con los deberes de cristianos, avisadme y os enviaré al verdugo. (*á los soldados.*)

MON. Señor conde, ya sabia yo que erais un cobarde; pero nunca pude imaginar que cometieseis una tan alevosa villania; nunca crei que atentaseis á mi vida, de que habeis de dar cuenta al rey de Francia en la tierra, y á Dios que castiga á los asesinos en el cielo. (*vase con varios soldados y los demas convidados, menos La Ruel y los que se quedan custodiándolos.*)

RUEL. Voy á morir, señor Warfusé; no me aterra la eternidad, porque llevo conmigo el convencimiento de que he obrado siempre con la rectitud que me ha dictado mi conciencia, sin haber hecho mal á nadie, ni haber seguido la senda de los crímenes; porque, sabedlo, solo dos sagrados objetos han sido los que me han servido de norte, y segun ellos he obrado siempre; á ellos solos he tributado las adoraciones que les son debidas, y la veneracion que merecen ha sido para mi tan sagrada, que no me he separado de ella ni un solo instante. Estos dos objetos, tan puro y divino el uno, como digno de aprecio por sus virtudes el otro, son *Dios* y el *pueblo.*

War. Lo ois, soldados? Este hombre es un impio; este hombre ha despreciado siempre la autoridad del príncipe y del emperador.

Ruel. Mientes, mientes, vil impostor! Mis ruegos todos, mis súplicas, mis oraciones, ¿á quien se han dirigido siempre mas que al Ser Supremo, á quien pido en este momento que perdone tus crímenes y atrocidades? Por lo que respecta al príncipe y al emperador, cuando no han traspasado la balla de su autoridad, los he mirado con el respeto debido; pero yo no puedo obedecer nunca ciegamente al que hollando todas las leyes fundadas en la equidad y en la justicia, pretende tiranizarnos con su insolente despotismo.

War Basta, llevadlo!

Ruel. A Dios, señor conde; voy á seguir la suerte que me anunció el ermitaño de Val-Benito, á quien yo creí un visionario, y á morir asesinado por vos, que debierais besar el polvo de mis plantas; pero acordaos de vuestro crimen, y pedid á Dios que aplaque su divina cólera, y que os perdone, como yo os perdono en este momento! Oh! Dios mio! No habeis querido tender una mirada de compasion hácia este pueblo que os ha glorificado constantemente en la dicha como en la adversidad, y que ha seguido siempre la senda de la virtud! No habeis querido confundir á los tiranos, y ahora se alzan terribles para ahogar todo gérmen de libertad, y arrancarnos, no solo los privilegios que poseemos, si no las vidas que nos habeis dado! Ah! Que vuestra piedad nos alcance, Dios mio, y que al bajar á la tumba, no perezca con nosotros la libertad de nuestro pais!!! (*los soldados se lo llevan.*)

ESCENA VII.

Warfuse, *abismado en sus reflexiones*, Enrique *que entra con precipitacion, despues de una pausa, por la puerta de la derecha.*

Enr. Padre mio! Y La Ruel? Decidme, dónde está La Ruel?

War. Enrique, à qué has venido? Por qué has abandonado los planes que te habias propuesto, dejando escaparse á Juan de Weert y los suyos?

Enr. No es tiempo ahora de responderos! Decidme, decidme donde se halla La Ruel, pues de lo contrario...

War. Yo no se dónde se halla, y ese tono amenazador no conviene de ningun modo á un hijo que debe obedecer ciegamente los mandatos de su padre.

Enr. Cuando un padre pretende deshonrarse y cubrir de oprobio y de vergüenza la noble alcurnia de que desciende, un hijo no puede tener consideracion alguna, y atropellando la balla del respeto, debe procurar apartarlo de la senda que le conduce á su perdicion! Padre mio, en nombre del cielo os suplico que me digais á dónde se halla La Ruel! Considerad que yo sé muy bien que no ha salido de este palacio, y que si no quereis salvarlo de los riesgos que le amenazan, y entregarlo al pueblo que lo reclama, no respondo yo mismo de lo que haré.

War. Bien, bien, hijo mio! Cubre de lodo las canas de tu padre, é insúltale en su desgracia! Tú que debieras ayudarle á conseguir la rehabilitacion que todo lo repara, y que borra la mancha que oscurece nuestros blasones, tú que por este medio vas á verte en el colmo de la dicha, lleno de honores y dignidades, humíllalo, béjalo, y que el mundo todo execre su nombre y lo maldiga!

Enr. Yo no quiero reparaciones ni honores, si para conseguirlos es preciso verter la sangre de mi bienhechor! Yo no quiero á costa de un crímen conquistar un puesto que puedo ganar con buenos servicios, y finalmente, yo no quiero deshonrarme con la nota de hijo de un asesino!

War. Miserable!

Enr Pensadlo bien, padre mio; antes de cometer tan gran crímen, pensadlo bien, y no os espongais á mayores males, porque... os lo juro, si muere La Ruel, yo mismo me avergonzaré de ser vuestro hijo, y no podré acordarme de vos, del que me ha dado el ser sin horrorizarme..

War. (Ah! Es preciso quitarle toda esperanza!) Pues bien, sabe, que eso que me pides no es posible, porque La Ruel ha dejado de existir!

Enr. Ah! ha muerto! ha muerto! Es verdad? Decidme, ¿no habeis querido engañarme?

War. No, La Ruel ha muerto por mandato del emperador y del príncipe obispo, de quienes tan solo he sido el agente encargado de ejecutar sus órdenes con prontitud.

Enr. Pues bien, desde este momento ya no soy nada para vos; vuestras manos bañadas en sangre, me absuelven desde luego de mi falta de obediencia, y solo anhelo el momento de perder una vida que habeis sembrado de sinsabores, cubriendo mi nombre de vergüenza, y atrayendo un baldon sobre nuestras frentes, que nada en el mundo podrá borrar! A Dios, á Dios, señor conde de Warfusé! Habeis comprado nuestros bienes con un crímen execrable y horrendo; quiera Dios miraros con ojos de misericordia! (*se oyen dentro las voces del pueblo que grita: «Muera Warfusé.» y en un tumulto que irá en aumento hasta que salen todos.*)

War. Oh! Qué escucho! Qué es esto?

Enr. Es el pueblo, el pueblo que ruge en la plaza pidiendo que le entreguen á su gefe! El pueblo que amenaza entrar en vuestro palacio, y conduciros á la muerte que habeis dado á su bienhechor! Ah! ved como yo tenia razon, padre mio, huid, huid!

ESCENA VIII.

Dichos, Grandmont, *azorado por la derecha.*

Grand. No es posible, señor conde; el pueblo tiene cercado el palacio, y las puertas no tardarán mucho tiempo en ceder á sus terribles golpes.

War. Enrique, Enrique, sálvame, líbrame de la furia del populacho, yo te ofrezco reparar todos mis crímenes.

Enr. Ya es tarde, padre mio; ya es tarde para esa reparacion! No ois las voces del pueblo que pide vuestra muerte? (*se oyen voces y golpes como de derribar una puerta.*)

Grand. Ah! salvémonos, si es posible! (*vase corriendo por la puerta que entró La Ruel.*)

WAR. Dios mio! Con que no hay medio de salvacion! Enrique! hijo mio, librame del furor de mis enemigos, y yo te juro que cubriré mi cuerpo de áspera jerga, y pasaré el resto de mi vida en un desierto para borrar mis culpas! La vida! La vida! hijo mio! Sálvame! Por Dios, te lo pido de rodillas!

ENR. Padre mio! Oh! Qué angel malo os inspiró ese pensamiento diabólico que os ha conducido á un estremo en que ya no hay medio de salvacion! Dios mio, iluminadnos en este trance. *(á este tiempo se oyen las voces del pueblo que ha entrado en el palacio y el rumor que se va acercando hasta que salen todos.)*

VOCES. *(dentro.)* Por aqui, por aqui. *(á la derecha.)*

ERM. *(dentro.)* Salvémosle si es posible! *(id.)*

GRAND. *(id.)* Venid, venid, La Ruel, el cielo nos proteje. *(izquierda.)*

WAR. Oh! vivo, vivo!

ERM. Gracias, Dios mio, gracias.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, LA RUEL, GRANDMONT, *los convidados y los guardias puerta primera de la izquierda; al momento el* ERMITAÑO, *los decanos y el pueblo armado con arcabuces, picos, hachas, etc., por la derecha con teas encendidas.*

ENR. La Ruel, amigo mio, salvad á mi padre, salvadlo!

PUEBLO. Muera Warfusé! *(entrando.)*

RUEL. Deteneos! *(viendo al Ermitaño y dándole la mano.)* Oh! mi salvador!

ERM. Y dejareis impune...

RUEL. No, que le castigue la ley con la templanza que merece el padre de un joven á quien tanto debe el pais! *(abrazando á Enrique.)*

ENR. Oh! amigo mio!

RUEL. Liodenses! Dios vela por la causa del pueblo, y no quiere que perezca su libertad!

TODOS. Viva La Ruel!

ERM. *(cogiendo á Enrique de la mano y adelantándose.)* Joven! No es verdad que no estoy loco?

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 16 de diciembre de 1849.— *Baltasar Anduaga* y *Espinosa.*=Es copia del original censurado.

Madrid, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm. 13.